

¡Bye Bye, Love!

De la autora
de la serie bestseller
Amor en cadena
y
LA PORTADORA

**PREMIO PÚRPURA
2014**
A la mejor autora
autopublicada



Lorraine
Cocó

¡Bye bye, Love!

Lorraine Cocó

© 2015, ¡Bye bye, Love! © Lorraine Cocó

© Romántica's Cocó

© Imágenes usadas para la portada: Fotolia.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de los titulares del copyright.

Para Bruno, mi marido, por hacer que
vuelva a creer en la magia.

Nota de la autora

Escribir este libro, para mí, ha sido una auténtica aventura, una preciosa aventura al pasado, que me ha devuelto algunas cosas que creí que había perdido en el camino. Decir que estoy feliz de que esta trama y personajes llegasen a mi vida, es ser tan parco, quedarse tan corto, que realmente no encuentro las palabras para poder describir cuánto tengo que agradecerles que llegasen a mi vida, para hacerme este valioso regalo.

La idea de esta historia surgió viendo un video musical, y desde ese día, totalmente instalada en mi mente y con el firme propósito de no marcharse hasta que le diese vida, comenzó a devorarme hasta convertirse en lo que es hoy y os ofrezco en estas páginas. Tengo que reconocer que mi primera intención fue siempre la de que esta fuese una única y corta historia, pero las hermanas De'Marsi, todas ellas, comenzaron a tomar vida de una forma tan fascinante ante mí, que me he enamorado de ellas. He caído rendida a sus pies, y por eso, lo que iba a ser una única historia, se ha convertido en un aperitivo. Y la historia de Belladona De'Marsi, en la antesala de un único libro, el que cuenta la historia de las cuatro hermanas De'Marsi. Por lo que al terminar éste, pensad que no se han ido. El próximo año publicaré el libro que cuenta la historia de las otras tres hermanas y la continuación de la de Bella y Declan.

Y ahora solo darte las gracias por querer conocerlas.

Te deseo una feliz y apasionante lectura

Lorraine Cocó

LRc

ÍNDICE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

Epílogo

Fin

Hechizo de amor

Aún con los ojos cerrados, el cabello cubriendo parcialmente el rostro y haciendo un gran esfuerzo por acompasar de nuevo su respiración, Belladona se preguntó cuántos años hacía que no tenía un sueño como aquel. Y la respuesta fue muchos, muchísimos, tantos como ocho. Se sentó en la cama, intentando serenarse mientras pasaba las manos por su rostro. Seguía sin abrir los ojos, tal vez porque de manera inconsciente se negaba a que las imágenes de aquel sueño caliente, excitante, húmedo e intenso, la abandonasen aún. Y era extraño, porque la razón por la que no había tenido ningún sueño como aquel en años, era que se había negado a tenerlos. Y sin embargo, por alguna extraña razón, ahí estaban de nuevo.

En ese momento, Ruda, su gata, entró en el dormitorio y saltó sobre la cama, colocándose sobre su regazo y obligándola de esta manera a tener que volver a la realidad para espabilarse. El pequeño cascabel en su cuello tintineó, dándole los buenos días.

—Buenos días, preciosa —le dijo mientras acariciaba su pelaje gris oscuro y veía entornar su mirada azul de puro placer ante la caricia—. ¿Tú qué piensas, llevaré demasiado tiempo sin un hombre, o me estará afectando el intenso calor de estos primeros días de verano? —preguntó al animal. Aguardó una respuesta, pero el independiente felino saltó de su cama y fue hasta la puerta del dormitorio, que se abrió a su paso y volvió a cerrarse tras su marcha—. ¡Vale, ya lo averiguaré yo sola! —le contestó elevando la voz.

Resopló y viendo que los primeros rayos de sol de la mañana ya comenzaban a entrar por la ventana, se apresuró a salir de la cama. Era la hora, tenía que recoger el último ingrediente para su poción. Y sin esperar más, salió de la habitación y bajó las escaleras sintiendo la cálida madera bajo sus pies descalzos. Fue directamente a la cocina, abrió una cajita de latón que tenía sobre la encimera y extrajo un frasco de cristal que tenía preparado desde hacía unos días, aguardando aquel momento. En su interior, una mezcla pastosa con la consistencia de un ungüento, de piedra del águila, salvia, vaselina y beleño, especialmente indicado para mejorar el ánimo y calmar las inquietudes, la esperaba junto a una pipeta cuentagotas. Tomó

ambos, frasco y gotero, y salió al jardín por la puerta que comunicaba éste directamente con la cocina. En el exterior, el ambiente de aquellas horas tempranas era fresco, incluso para que se le erizase la piel bajo el camisón largo de algodón blanco con el que había dormido.

Caminando sobre la hierba ligeramente húmeda, fue hasta un exultante rosal azul en flor. Sus hojas brillaban salpicadas del rocío de la noche, como si estuviese decorado con pequeñas joyas cristalinas. Era justo lo que necesitaba, aquel precioso rocío que cubría los pétalos azules más tiernos tras la primera noche de luna creciente del mes. Sonrió, acercó la pipeta a la hoja y tomó las preciadas gotas contando hasta siete. Después, abrió el frasco de cristal y las echó en su interior con sumo cuidado. En cuanto la mezcla entró en contacto con el líquido, el ungüento resplandeció con una luz ligeramente azulada. Estaba listo, y ella contenta de poder dar por fin aquel preparado a Priscila, una de sus vecinas, que aguardaba impaciente desde hacía unos días la llegada de su primer bebé. Aquel ungüento la ayudaría en su momento, facilitando el trabajo del parto. Contenta de haber llegado a tiempo para la preparación de la mezcla, cerró el frasco con una sonrisa satisfecha y entró de nuevo en la casa. Fue hasta la encimera, sacó un saquito blanco de tela de un cajón e introdujo el frasco de cristal que después guardó nuevamente en la caja de latón. Luego se dispuso a subir de nuevo a su cuarto para prepararse para aquel nuevo día.

Una vez en su dormitorio comenzó con su ritual de cada mañana. Lo primero, encendió su equipo de música y las primeras notas de *Where did our love go* de *Las Supremes* comenzaron a sonar, haciendo que sus pies bailasen mientras cogía la ropa limpia que se pondría aquel día: un vestido ligero en color lavanda, sin mangas y largo por debajo de las rodilla, y unas bailarinas castañas a juego con el cinturón. Tomó también su ropa interior y fue directa al baño. Tenía un precioso baño romántico, estilo *vintage*, que adoraba. Sobre todo la preciosa bañera con patas que lo presidía. Pero aunque lo que le apetecía era sumergirse en el agua templada y relajarse antes de comenzar aquel lunes, se decantó por una ducha rápida, dejando aquel placentero momento del baño para su vuelta.

Estaba bajo el chorro revitalizador del agua, con los ojos cerrados y sintiendo cómo el líquido acariciaba su piel, cuando las imágenes de aquel inquietante sueño volvieron hasta ella, impactándola.

Estaba en la cama, en su dormitorio. La luz anaranjada de un atardecer tardío y cálido entraba por las ventanas, iluminando la estancia con una preciosa tonalidad dorada que hacía resplandecer la piel del hombre que estaba sobre ella. Sus manos, ligeramente curtidas, acariciaban su piel, deslizándose por ella en una succulenta caricia que terminaba por culminar cuando éste cubría uno de sus pechos para introducirlo en su boca inmediatamente. El estallido de placer que la invadió durante el sueño regresó hasta ella, haciendo que volviese a sentir palpar su sexo caliente y henchido. Gimió mientras buscaba el apoyo de las baldosas frías de la pared, intentando aferrarse a ellas mientras el deseo crecía en su interior con una intensidad abrumadora. Pero el frío de la superficie cerámica no fue suficiente para calmarla, pues una nueva imagen llegó hasta su mente; el hombre, sobre ella, la embestía mientras gemía en su oído. Se movía sobre ella lenta y rítmicamente, haciendo que sus cuerpos se acoplasen en una unión íntima y deliciosa. Belladona lo apretó contra su cuerpo, abrazándolo entre sus piernas. Mientras, él unía las manos a las suyas, entrelazando sus dedos largos con los suyos más finos. La besó en los labios, pero no pudo ver su rostro mientras la embestida, más intensa, la llenaba por completo y hacía hervir su íntima cavidad como lava derritiéndose en su interior. Lo vio moverse sobre ella aumentando el ritmo de su penetración y haciendo que se dejase llevar por oleadas del placer más devastador. La intensidad fue tan abrumadora que soltó sus manos para aferrarse a sus fuertes brazos. En uno de ellos recordó un tatuaje tribal celta, que cubría su hombro y parte de su musculoso brazo. Pasó los dedos por el dibujo de su piel y entonces él hundió el rostro en su cuello para susurrarle algo que no llegó a entender. Tan solo se dejó llevar por el intenso orgasmo que la sacudió tras su última e implacable embestida. La llenó por completo, haciéndola estallar en mil pedazos.

Belladona, en la ducha, aferrada a la pared, se preguntó qué acababa de pasar. El corazón desbocado en su pecho amenazaba con partírsele en dos. La intensidad del recuerdo la dejó sin aliento y necesitó casi una hora, sentada sobre su cama, para volver a la realidad. Tenía tantas ganas de llorar como de gritar. Se sentía sobrecogida y abrumada y aquello no era nada bueno. Finalmente, cuando sintió que las primeras lágrimas podían abordar sus mejillas, se levantó como un resorte, decidida a no permitir que aquello pasara. No iba a perder el control hasta el punto de llorar por un hombre, y menos uno imaginario. Hacía muchos años que se prometió que no volvería a

pasar. Ninguno volvería a afectarla hasta ese punto. Había conseguido mantener su promesa durante ocho años y no iba a permitir que eso cambiase.

Terminó de vestirse, intentando centrarse en el día que tenía por delante. En los distintos trabajos que tenía previstos para ese lunes y en la vuelta, aquella tarde, de su hermana mayor, que regresaba de un largo viaje de casi un mes. Ocupando su mente con todo aquello que la pudiese mantener distraída salió de su cuarto, bajó las escaleras y puso la comida y un cuenco de leche limpio en el sitio de Ruda, que la miró complacida. Metió la caja de latón en su mochila de tela marrón y se la colgó a la espalda, saliendo por la puerta de su casa. Tomó su bicicleta blanca y beige, con cesta de mimbre, del lateral de la vivienda y se subió dispuesta a disfrutar del par de kilómetros que separaban la preciosa casa victoriana de tres plantas, que había pertenecido a su familia desde hacía siglos, de la pequeña tienda que regentaba en Main Street, la calle principal de Coopertown, la población que la vio crecer y de la que adoraba cada rincón.

Dejándose llevar por la sensación de paz y seguridad que le proporcionaba realizar su corto trayecto matinal, rodeando el lago Otsego por la carretera circundante al mismo, disfrutando de la abundante vegetación de la zona, de las horas tempranas, de la energía impregnada en aquel nuevo día, llegó hasta su tienda, dispuesta a obviar por completo lo sucedido aquella mañana.

Media hora después de haber entrado en la tienda, se vio sorprendida por el tintineo de las campanitas que tenía sobre la puerta. Ella estaba en la trastienda, organizando el último pedido de ingredientes que había recibido y aún no había tenido tiempo de colocar. Se sacudió las manos y estiró su delantal blanco antes de asomarse con curiosidad por la cortina que separaba la tienda del almacén.

Siempre llegaba a la tienda al menos media hora antes de la apertura para tener tiempo de organizar las cosas antes de abrir las puertas al público. Pero no cerraba con llave, pues nunca se sabía qué podía pasar, qué urgencias tendría que atender o a qué personas tendría que ayudar. De'Marsi llevaba abierta al público desde 1876, siempre a cargo de las mujeres de su familia, y no había cerrado un solo día desde entonces salvo los sábados, cuando las celebraciones del *Sabbat* hacían que a menudo fuese complicado estar en condiciones de atender a alguien al día siguiente.

Le sorprendió ver que la recién llegada no era otra que Kerry, su vecina. Regentaba un precioso hostel junto a su casa, el *Sweet Dream*, conocido por el mimo con el que trataba a sus clientes y sobre todo por su excelente comida casera. Kerry se ocupaba de todo con la ayuda de su hija Francis y, desde hacía muchos años ambas se habían convertido en parte de su familia por lo mucho que las apreciaba y habían compartido juntas.

—¿Qué te trae por aquí tan temprano? ¿Estáis bien? —preguntó nada más verla.

Kerry se giró hacia ella y le brindó una sonrisa.

—Sí, tranquila. Buenos días, Bella —le dijo dándole dos afectuosos besos—. Es que me urgía visitarte. Ayer me llegaron huéspedes nuevos e imprevistos y necesito eso que tú ya sabes —añadió con una risita nerviosa que acompañó con el guiño de unos de sus chispeantes ojos grises. Su cabello era largo y estaba salpicado de mechaz blancas, a pesar de tener solo cuarenta y cinco años. Pero estas en lugar de hacerle parecer mayor, resaltaban sus armoniosos rasgos.

Belladona sonrió, colocándose tras el mostrador de madera blanca, al

igual que el resto de estanterías y mobiliario de la tienda. Aquella había sido una de las primeras cosas que había cambiado cuando se hizo cargo del negocio familiar. Lo pintó todo de blanco para hacer desaparecer el ambiente oscuro y hasta tétrico de la decoración anterior. Para los clientes que visitaban la tienda era mucho más cómodo entrar allí pidiendo ayuda cuando no tenían que toparse por la tienda con restos de animales muertos en frascos, los calderos y algunos de los ingredientes más impactantes. Todo eso lo guardaba a la trastienda a la que nadie, salvo una de las cuatro hermanas De'Marsi tenían acceso. El resto; velas, hierbas, inciensos, preparados, lociones, accesorios, talismanes y libros, sí podrían encontrarse entre sus estanterías y vitrinas.

—No hacía falta que vinieses. Si me hubieses llamado esta mañana te habría preparado los ramilletes y te los habría acercado a casa al mediodía —le dijo a su amiga, comenzando a coger ya algunas de las hierbas que necesitaba.

Kerry era muy creyente de las energías desde que pasó por una nefasta época de mala suerte tras acoger a un huésped en su casa, que ella aseguraba que era absolutamente gafe. Desde entonces, antes y después de alquilar las habitaciones, hacía una limpieza de energías que consistía en quemar unos preparados herbales a base de ruda, romero y lavanda, dejando que el humo de la quema llegase a todos los rincones del dormitorio. Después, esparcía las cenizas mezcladas con sal por el suelo y barría hasta tirarlas al exterior de la casa. No lo iba a negar, era muy efectivo, pero creía que Kerry exageraba un poco la necesidad de hacer limpiezas que no eran necesarias con tanta frecuencia.

—Seguro que podías esperar unas horas —le dijo tomando las ramitas de las hierbas y haciendo manojos.

—Bueno, tal vez. Pero no me gusta dar las habitaciones sin haberlo hecho. Después es mucho más complicado, con los cuartos ocupados, entrar y ponerse a quemar cosas en el interior —le dijo con una risita.

—Sí, ya imagino la cara de tus huéspedes si te pillan —añadió ella haciendo muecas, lo que provocó la risa de Kerry—. ¿Y cuando llegaron? No he visto ningún vehículo nuevo aparcado en tu parcela esta mañana.

—Están en la parte de atrás. Tanto el señor Wise como la familia O'Neal llegaron anoche de improvisto. El primero se queda dos semanas y los segundos se trasladan al pueblo. Se hospedan en el *Sweet Dream* mientras

encuentran casa. Son un matrimonio con dos hijos. Uno de diez y otro de diecisiete años.

—Pues Francis estará muy contenta de tener visitas de su edad — comentó ella, aunque sabía que la timidez de la chica de dieciséis años hacía que le costase bastante entablar amistad con los de su generación. Lo que hacía que pasase más tiempo con ella en la tienda o en casa, leyendo, que saliendo por ahí con compañeros y amigos del instituto.

—Pues no sé yo... La verdad es que se ha dejado ver poco desde que llegaron anoche. Ya sabes cómo es...

—Sí, encantadora, preciosa, ingeniosa e insegura. Y espero que haga alguna amistad antes de tener que marcharse a la universidad que haga que disfrute de un verano inolvidable.

—Yo también lo espero, pero no cuento con ello. A no ser que añadas alguna cosa más a esos ramilletes que la ayude a salir del cascarón.

Kerry hizo el comentario como una broma, pero en ese momento el rostro de Belladonna se iluminó ante la posibilidad de ayudar a la chica y se giró para tomar un ingrediente extra de uno de los frascos cerámicos que tenía a su espalda. Sacó unas semillas de clavo y las añadió a un nuevo ramillete, tomó un hilo rojo y anudó con cuidado.

—Este es para limpiar la habitación de Francis —le dijo con una sonrisa.

Kerry imitó su gesto con picardía.

—Y estos —dijo anudando los otros dos ramilletes con hilo blanco—, son para tus clientes.

—¡Perfecto! —dijo Kerry satisfecha —¡Ay! Necesito también ese jabón que le preparas a Francis para los eccemas de la piel.

—Pues el jabón no te lo puedo dar ahora. Está terminándose, pero te lo acerco a casa después de comer —le dijo recogiendo los frascos e hilos del mostrador para devolverlo a su estado immaculado.

—¿Y por qué no vienes a comer? Ya sabes que hoy hay asado de bienvenida —la invitó su amiga tentándola con una de sus comidas preferidas. Kerry era la mejor cocinera que conocía y no solía rechazar una comida como aquella, pero aquel día no podía.

—Hoy me es imposible, pero si sobra algo guárdamelo para la cena —le dijo con una mueca—. Tengo que llevar una cosita a un cliente —la informó pensando en el ungüento que había terminado aquella misma mañana.

—¡Oh! ¡Qué misterioso! ¡Dime qué es! ¿Un talismán, algún trabajo de

venganza, o mejor, un amarre de amor? —le dijo con extrema curiosidad.

—¡Eres una friki de la magia! —la acusó entre risas. Le parecía divertido que Kerry lo viese todo tan misterioso—. Pero sabes que nunca rompo la confidencialidad bruja-cliente —añadió negando con un dedo. Además, yo no hago trabajos de amor, ya lo sabes. El amor tiene que ser libre, de lo contrario trae consigo grandes y nefastas consecuencias.

—Pues ganarías mucho más haciendo ese tipo de trabajos, que con esos que tanto te gustan de venganza. ¡A la gente le gusta enamorarse! —exclamó su amiga con entusiasmo.

Belladona puso los ojos en blanco.

—La gente es muy inconsciente. Enamorarse es como tirarse por un precipicio. La caída y el dolor están prácticamente asegurados. Y te diré más, yo no hago trabajos de venganza. Son de justicia —dijo levantando la barbilla—. Si una mujer entra por esa puerta llorando y lamentándose de que le han hecho todo tipo de canalladas y le han partido el corazón, solamente la ayudo a impartir algo de justicia. Y al cabrón que se lo ha roto, le doy la oportunidad de redimirse pagando un poquito por sus pecados. Solo ayudo al karma —se justificó con gesto inocente.

—¿Sabes qué es lo peor de todo? —le dijo su amiga tomando la bolsa de papel que contenía sus ramilletes y dirigiéndose a la puerta—. Que te crees lo que estás diciendo.

Belladona torció el gesto en una mueca ofuscada.

—Pero te sigo queriendo igual —añadió abriendo la puerta—. Te espero para un té helado, que con este bochorno nos va a venir muy bien.

—Perfecto, allí estaré —le dijo despidiéndose de ella sin cambiar el gesto.

La vio salir de la tienda y resoplando volvió a su tarea en el almacén.

Había transcurrido ya gran parte de la mañana y atendido a media docena de clientes cuando el sonido del teléfono la llevó hasta el aparato colgado en la pared, junto a la entrada al almacén.

—¡Hola Bell! —la saludó su hermana mayor, Mandrágora, o Madi como ella la llamaba.

Su madre había sido una bruja especializada en pócimas, preparados y ungüentos, como ella, y había puesto a sus cuatro hijas los nombres de sus hierbas preferidas. Algo que no habría estado del todo mal, si no fuese porque esas hierbas no eran flores como la dalia, la margarita o la violeta. Eso les habría permitido tener nombres que no llamasen tanto la atención como los que les habían tocado en gracia; Mandrágora, Belladona, Potentilla y Dulcamara. O lo que era lo mismo para minimizar el efecto; Madi, Bella, Poti y Duma. Pero a ella su hermana mayor la llamaba Bell desde niñas, porque decía que de pequeña se movía más que el badajo de una campana.

—¿Qué hacías? Desde esta mañana te siento un poco alterada —le preguntó su hermana con preocupación.

—Nada especial, estoy en la tienda, como siempre —contestó negando saber a qué se refería.

Madi además de ser una de las brujas más poderosas que existían, estaba fuertemente unida a ella y a sus hermanas de manera muy especial, la complicidad y conexión entre ellas era tal que en ocasiones sin ni siquiera verlas, sabía lo que sentían y pensaban. Por lo que se esmeró en desechar de su mente todo pensamiento que le recordase su experiencia matutina.

Durante unos segundos Mandrágora guardó silencio y finalmente decidió cambiar de tema. Ambas sabían que no la creía, pero no veía necesario presionarla por teléfono cuando en unas horas estaría de vuelta en casa, con ella. Entonces la miraría a los ojos y averiguaría la verdad.

—En fin, solo te llamaba para avisarte de que al caer el sol estaré en casa.

—Estupendo, así cenamos juntas. Estoy deseando que me cuentes cómo te ha ido en tu viaje —le dijo con ganas de reencontrarse con ella.

—Ya me dirás que pare de hablar, porque ha pasado de todo: conflictos

entre clanes, con los magos, bautizos fallidos...—comenzó a enumerarle Madi, pero en ese momento la campanilla de la puerta volvió a sonar y Bella se giró para ver entrar a una chica joven, que miraba a un lado y otro de la tienda con interés. No la conocía y eso llamó su atención. En un pueblo pequeño como Coopertown, con apenas dos mil habitantes que residían allí —en su mayoría desde hacía generaciones—, no solo se conocían todos, también compartían su historia. De manera que cuando alguien llegaba nuevo a la ciudad brillaba entre el resto como una bombilla.

—Madi, tengo que dejarte, acaba de entrar una clienta —dijo a su hermana interrumpiéndola.

—Tranquila, tendremos tiempo más tarde de charlar. Un beso, Bell —se despidió su hermana.

—Hasta luego. Otro para ti —dijo antes de colgar y girarse hacia la clienta, que seguía merodeando por la tienda.

La observó unos segundos mientras la chica desviaba la vista a distintas partes del local, fijándose en todo. Parecía nerviosa e insegura, y no tenía muy buen aspecto. Llevaba el rostro prácticamente cubierto por unas enormes gafas de sol de pasta negra, que aun así permitían ver las rojeces de su rostro. Sobre la cabeza llevaba un elegante pañuelo estampado en beige y rojo a juego con su suéter beige y sus pantalones pitillo rojos. Iba muy conjuntada y mona. El enorme bolso colgado del brazo, como había visto hacer a las famosas en las revistas, completaba un conjunto que la hacía parecer una estrella de cine. Demasiado sofisticada para aquel pueblo pequeño. Finalmente la chica se giró hacia ella advirtiéndole su presencia.

—Hola, ¿puedo ayudarte en algo? —le preguntó con una sonrisa de bienvenida.

La chica le devolvió media sonrisa compungida.

—Sí... Bueno... Me han comentado una cosa sobre usted, pero no sé si es verdad... —comenzó con gesto dubitativo.

Bella entornó ligeramente la mirada. Cuando se trataba de las cosas que podían haberle contado a aquella chica sobre las hermanas De'Marsi, o sobre la tienda, los mensajes podían resultar altamente contradictorios. Nadie se metía con ellas públicamente, pero sabía que las criticaban a sus espaldas. No todo el mundo, pues gran parte de él no solo las aceptaba sino que contaban con ellas cuando necesitaban de sus servicios y poderes. Pero otros las temían. La ignorancia sobre lo que ellas eran o hacían en realidad solía

provocar esas cosas. Los mitos y leyendas tampoco eran de mucha ayuda, por lo que se preguntó qué bando de los formados por sus conciudadanos habría sido el que le habría hablado de ella a la recién llegada.

La chica tragó saliva y bajando la mirada se quitó con lentitud el pañuelo y las grandes gafas dejando a Bella impactada, impresionada y horrorizada. La chica llevaba un ojo más que morado, casi negro. Era evidente que había recibido un gran puñetazo en el rostro, ya había bajado la hinchazón, pero debía haberle dolido una barbaridad. Bella se sujetó inmediatamente a la madera del mostrador con fuerza. No podía soportar los abusos de fuerza contra los más débiles. Era algo superior a su control y apretó los dientes enfadada.

—¿Quién le ha hecho eso? —le preguntó conteniéndose. La chica tenía el rostro y los ojos enrojecidos. Había estado llorando y que ella mostrase su enfado no iba a ayudarla en absoluto.

—Un hombre —dijo rompiendo de nuevo a llorar —...Él... lo era todo para mí, y... —No pudo continuar. Tomó un pañuelo de su bolsillo y comenzó a sonarse.

La chica estaba totalmente rota de dolor. Era joven, de unos veinticinco o veintiséis años. Y muy hermosa. Tenía el cabello rubio y largo y unos ojos castaños ligeramente rasgados de mirada intensa. Ningún hombre tenía derecho a destrozar a una chica tan joven de esa manera.

Respiró profundamente antes de dirigirse a ella para calmar el tono de su voz.

—Espera, te traeré algo de beber —le dijo ofreciéndole que la esperara sentada en una de las sillas que tenía en la tienda. La chica aceptó y ella fue a por un vaso de agua fresca que le entregó sentándose a su lado.

—Lo siento —comenzó la chica tras dar un sorbo. Sujetó el vaso con manos temblorosas sobre su regazo y la miró con todo el dolor del mundo reflejado en sus ojos—, es que cada vez que pienso en él... no puedo evitar romper a llorar. Yo era tan feliz... Y de repente él... Bueno, me habían dicho que me engañaba con otras mujeres y yo no lo creí hasta que lo vi con una. ¡En nuestra cama...! —volvió a llorar.

Bella posó una mano sobre una de las suyas de manera instintiva intentando reconfortarla pero ella la apartó inmediatamente y siguió llorando. Era evidente que estaba muy afectada.

—Y después... Es que yo solo quería hablar con él, quería que me

explicara... Pero se enfadó y me golpeó... ¡Y después me dejó! —dijo rompiéndose amargamente.

¡Por la Diosa Diana! Aquella chica había sufrido la traición de su novio que encima le había pegado y ella no solo lo seguía amando sino que se culpaba de lo sucedido por haberle reclamado.

—Lo siento mucho, de veras. Pero no debes sentirte responsable. Tú no tienes la culpa. ¡Él no te merece! ¡Es un malnacido y merece sufrir por lo que te ha hecho!— le dijo Bella dejando salir lo que pensaba.

La chica dejó de llorar un momento, tembló ligeramente en su asiento y la miró con ojos esperanzados.

—¿Entonces es verdad que puede ayudarme? —le preguntó suplicante. Como si ella fuese el único rayo de luz que viera en su oscuro camino—. Una amiga me dijo que usted era una... Bueno, que podía ayudarme usando sus... dones especiales. Que podía hacer que se fuera este dolor —dijo agarrándose el pecho— y que haría que me olvidara de él haciendo que sufriera por lo que me ha hecho.

Bella vio en sus ojos vidriosos todo el dolor que estaba sufriendo la chica, y se vio reflejada en la Bella de hacía ocho años, cuando le partieron dolorosamente a ella el corazón. Como si éste pudiese volver hasta ella, lo sintió como agujas que llegaban desde sus manos hasta su corazón, atravesándose dolorosamente. Y no pudo negarse. Ninguna mujer tendría que pasar por aquello.

—Te ayudaré —le dijo tras un gran suspiro—. Pero necesito algunas cosas de ese hombre...

Sin que Bella terminase de explicarle, la chica abrió su gran bolso y le dio una bolsita de plástico que contenía algunos cabellos y una camiseta verde de hombre.

—Mi amiga me dijo que necesitaría estas cosas —le explicó la chica.

—Sí, así es —contestó Bella sorprendida.

—¿Necesita algo más? —le preguntó. Había dejado de llorar y Bella se alegró de que saber que podía ayudarla la hubiese calmado lo suficiente para reconfortarla.

—Nada más —le dijo Bella y la chica se levantó de la silla—. Pero espera —le dijo antes de que ella se marchara. Fue hasta la trastienda, tomó dos frascos de cristal y salió de nuevo, ofreciéndoselos—. Lo más importante es que tú vuelvas a sentirte bien. Si echas tres gotas del contenido de este frasco

en tu bebida, dos veces al día, verás como se alivia el dolor de tu corazón. Y este ungüento es para el ojo. Si te lo pones con frecuencia, en pocos días verás que mejora considerablemente —le explicó con una sonrisa.

La chica miró los frascos y con gesto dubitativo terminó por cogerlos no sin antes advertir Bella cierto recelo.

—¿Qué te debo por todo? —preguntó la chica.

—Nada, solo deseo que te mejores rápidamente —le aseguró ella sin dejar de sonreírle.

—...Vale... Gracias—dijo la chica metiéndose los frascos en el bolso. Volvió a cubrirse con el pañuelo y las gafas y salió de la tienda con mirada gacha.

Bella la vio marchar con el corazón encogido. Suspiró un par de veces sintiendo la carga de su dolor aprisionarle los pulmones. Antes de dejarse llevar por el mismo y romper a llorar, tomó la camiseta y los cabellos que le había dado la chica y los guardó en una bolsa de tela blanca que introdujo en su mochila. Se los llevaría a casa y aquella misma noche comenzaría a ayudarla.

Kara Fenimore salió de *De´Marsi* ocultando el rostro de las miradas curiosas de los transeúntes que caminaban por Main Street. Por nada del mundo quería que aquellas gentes la reconocieran viéndola salir de la tienda de las brujas. Caminó con paso resuelto hasta su llamativo BMW M3 Cabriolet rojo, aparcado al final de la calle. Se sentó tras el volante, abrió su bolso y tomó los frascos que le había dado la bruja con dos dedos, no queriendo tocarlos demasiado. Abrió la puerta y los tiró al sumidero de la alcantarilla sobre el que había aparcado. Después se miró en el espejo retrovisor, levantó las gafas ligeramente comprobando su aspecto, pasó los dedos por la sombra oscura que rodeaba su ojo izquierdo y se miró los dedos manchados de morado y negro, sonrió satisfecha volviéndose a colocar las gafas. Arrancó el motor y se fue a casa a disfrutar de su plan.

Bella llevaba un día de lo más ajetreado, y a las cuatro de la tarde se sentía ya con las energías por los suelos. Acababa de visitar a Priscila, para la que había preparado el unguento que la ayudaría en el momento del parto, y hecho otras dos entregas más para dos de sus clientes de más avanzada edad. Ambos estaban enfermos y no se encontraban en condiciones de ir a por sus preparados hasta la tienda, de manera que una vez a la semana se los acercaba ella misma hasta su domicilio.

Los días que hacía el reparto no solía tener tiempo ni para comer. Quizás fuese ese el motivo, o el hecho de haber pasado por todo tipo de emociones aquel día, por el que se sentía más que agotada, exhausta. Le apetecía meterse en la bañera y darse el baño relajante que llevaba ansiando desde que se levantó, o mejor, dejarse caer en su mullida cama y despertar varias horas después. Pero en lugar de eso, fue directa a cumplir con su cita con Kerry, quien esperaba el jabón de Francis y poder disfrutar con ella de un té helado.

Hizo el recorrido hasta la casa como si en lugar de tratarse de un paseo en bicicleta, estuviese haciendo la maratón de Nueva York, con cada uno de sus 42 agotadores kilómetros. Siempre había querido realizar aquella maratón, pero en días como aquel, cuando sentía que hasta la última gota de energía había abandonado su cuerpo, consumida por las emociones del día, creía que aquel sueño sería completamente imposible de cumplir.

Cuando llegó hasta la puerta de la casa-hostal de Kerry estaba sudada, desaliñada y completamente deshidratada. Estuvo tentada de parar en su casa a escasos veinte metros de la puerta de su vecina, pero finalmente, resoplando, aparcó la bicicleta apoyándola en el bonito cartel de madera tallada que anunciaba el hostel, clavado entre dos postes en el jardín delantero de la casa. El gran porche cubierto de la entrada con sus cómodos sillones de mimbre y mullidos cojines floreados, le pareció un paraíso al acercarse a ellos. Sobre la mesa de cristal, Kerry ya tenía preparados vasos, una gran jarra con té helado y unas pastas de almendra y naranja.

—¡Qué bien, ya estás aquí! —le dio la bienvenida Francis, llegando hasta ella y abrazándola cuando aún estaba a medio camino de subir los cuatro

escalones del porche.

—¡Hola, preciosa! —la saludó devolviéndole el abrazo. Enlazadas llegaron hasta los sillones y Bella se sentó sin esperar un minuto más en el sofá de dos plazas. Francis ocupó el espacio a su lado.

—¿Qué tal estaba el asado, me habéis dejado algo para la cena? —preguntó a la chica sirviéndose un vaso de té y tomando una galleta.

—Estaba delicioso, como siempre. Y casi no te dejamos nada, pero mamá te apartó un poco antes de servirlo. Lo ha puesto en un *tupper* para que te lo lleves.

—Genial... ¡Cuánto quiero a tu madre! —dijo suspirando tras deleitarse con el sabor de la galleta y repantigarse en el sofá.

—¿Y a mí, me quieres? —le preguntó la chica sorprendiéndola.

Bella se incorporó inmediatamente y la miró con interés.

—¡Claro que te quiero, lo sabes! ¿A qué viene esa pregunta? ¿Qué te pasa? —quiso saber.

Francis se mordió el labio inferior dudando si comenzar la conversación en ese instante, cuando su madre saldría en cualquier momento de la casa, o esperar a estar con Bella a solas en la tienda.

—Vamos, habla, no puedes empezar y luego dejarme así —la instó a continuar.

—Es que quiero pedirte una cosa... —dijo mientras jugaba con el final de su larga trenza rubia, que le caía hasta el pecho. Sus preciosos ojos azules mostraban una súplica.

—¡Oh, vaya! ¿Vas a decirme otra vez eso de que prefieres no ir a la universidad y quedarte conmigo para aprender a ser bruja?

—¡Oh, Bella! ¡Tú sí que me entiendes bien! —le dijo la chica tomándola de las manos.

—No, Francis. Yo sé leer muy bien lo que piensas, pero no te entiendo. Sabes lo que opinamos en casa. Mis hermanas, que son brujas de nacimiento, van a la universidad, todas lo hemos hecho. Estar preparadas para el mundo que nos rodea es sumamente importante. Para ti no todo puede ser la magia. Te dije que si después de estudiar seguías queriendo que te preparara, lo haría, pero primero tienes que estudiar.

La chica soltó sus manos e hizo un mohín.

—¡Y si tu madre se enterara de que estás pensando en no hacerlo, no sé lo que te haría. Y a mí, porque sin duda creería que pasar tanto tiempo conmigo

te está influenciando negativamente!

—Eso es verdad, se enfadaría —aceptó Francis con resignación.

—Claro que lo haría, y con razón. Lleva ahorrando toda la vida para que puedas estudiar lo que quieras.

—Pero... ¿Y si lo que quiero es esto? —insistió la joven.

—A mí me parece que no es así. No niego que te guste la magia, siempre te ha fascinado, pero creo que no quieres ir a la universidad porque te da miedo la experiencia de estar sola. Sin embargo, enfrentarte a esos miedos forma parte de la madurez y tienes que hacerlo —le dijo apartándole un mechón rubio de la frente.

Francis la miró con los ojos de un corderito.

—Pero no tienes que por qué hacerlo sola. Confía en mí, dentro de muy poco esos miedos desaparecerán. Todo va a cambiar —le aseguró rodeándola por los hombros con su brazo, sonriendo, mientras recordaba el ramillete que dio a su madre aquella mañana para quemar en su cuarto.

—¿Qué es lo que va a cambiar? —las sorprendió en ese momento Kerry saliendo de la casa.

—El tiempo —Se apresuró ella a contestar—. Parece que va a cambiar el tiempo. ¡Fíjate que nubes! Se avecina una tormenta —añadió, señalando al cielo.

Kerry se asomó fuera del porche y miró al cielo, comprobando que estaba exactamente igual que por la mañana: completamente despejado. La miró enarcando una ceja, pero entonces un hombre apareció tras ella por el umbral de la puerta y todas desviaron su atención hacia él.

—Bella, te presento al señor Wise, el huésped del que te hablé esta mañana —no tardó en presentárselo Kerry—. Señor Wise, esta es mi vecina, Belladonna De'Marsi, vive en la casa de al lado.

Bella se quedó sin palabras inmediatamente, algo que podía asegurar no le sucedía con frecuencia. Sin encontrar una explicación razonable, pues ella no era una mujer fácilmente impresionable, se quedó prendada de la mirada gris del hombre que la observaba con intensidad.

—Un placer, señorita —le dijo él con un ademán cortés que hizo que contuviese el aliento. Se acercó a ella y le ofreció su mano. Bella se levantó del asiento sin pensarlo y dio la mano a aquel hombre como si ambas fuesen los polos opuestos de un imán. Inmediatamente sintió una ligera corriente eléctrica, como un cosquilleo que iba desde la mano del hombre, grande, pero

elegante y un poco curtida. Subió por su brazo y llegó hasta su corazón donde lo sintió entrar como una descarga. Sus miradas estuvieron en todo momento unidas y las de ambos mostraron la misma sorpresa y conmoción.

Bella se soltó, con el pulso en la garganta, sintiéndolo latir dolorosamente hasta hacer que le faltase la respiración.

—Igualmente —fue lo único que consiguió decir.

No había forma de negarlo, era un hombre más que guapo. Tenía el cabello castaño oscuro, corto y salpicado de algunas canas por debajo de las sienes. Debía sacarle unos veinte centímetros, por lo que fácilmente rondaría el metro ochenta y cinco. Tenía un cuerpo musculoso y atlético y una pose de seguridad y dominio que le recordaba a la de un mando militar. La barba corta de pocos días, pero perfectamente perfilada, daba un aspecto más duro a sus facciones masculinas. Contuvo el aliento consciente de lo nerviosa que estaba e intentó desviar su atención a Kerry que la miraba sorprendida.

—El nuevo huésped..., mmm...qué bien, ¿no?—dijo intentado que su tono fuese ligero y trivial—. ¿Y qué lo trae por aquí... señor...?

—Wise. Pero llámeme Declan, por favor —le dijo él tomando asiento en uno de los sillones de mimbre.

Ella lo imitó y volvió a su asiento agradeciendo tener a qué agarrarse.

—He venido por trabajo y por placer. Ambas cosas —dijo y sonrió al mirarla de nuevo.

El corazón de Bella volvió a acelerarse en una precipitada carrera. Tenía una sonrisa preciosa, tan masculina y pícara que daban ganas de besarla en cuanto ésta asomaba por sus labios. Tomó el vaso de té y dio un gran trago buscando enfriar sus ánimos, pero se sentía tan acalorada de repente como para necesitar una ducha fría.

—Así que por trabajo y placer... —Intentó seguir manteniendo la conversación.

—Sí, tenía aquí un par de reuniones que me obligan a permanecer dos semanas, pero salvo esos encuentros, espero poder disfrutar el resto del tiempo de este encantador pueblo —añadió él con otra sonrisa.

Bella estaba llegando a su límite de sonrisas por ese día, y estaba a punto de poner una excusa para marcharse a buscar su autocontrol, cuando él se levantó.

—Bueno, siento mucho tener que marcharme, pero una de esas reuniones me reclama en pocos minutos y aún tengo que cambiarme. Ha sido un placer

conocerla señorita de...

—De'Marsi, pero puede llamarme Bella —contestó ella.

Él asintió ligeramente con su cabeza y le regaló otra intensa mirada.

—Gracias por ese delicioso asado, Kerry. Hacía mucho tiempo que no comía tan bien —se giró hacia su amiga y le dio las gracias.

Al hacerlo, el señor Wise le regaló una perspectiva de su brazo que no había visto hasta entonces y se quedó petrificada.

—Me alegro de que lo haya disfrutado, Declan —oyó que le contestaba Kerry encantada con los halagos.

Él se marchó al interior de la casa y Bella buscó algo a lo que aferrarse para no perder la cabeza en ese mismo instante, pero las imágenes del sueño volvieron a ella arrasándolo todo. Recordó perfectamente al hombre sobre ella y cómo se abrazaba a sus fuertes brazos mientras él la embestía con intensidad. Acarició el dibujo de su brazo; un gran tatuaje tribal en negro que le ocupaba el hombro y buena parte del brazo hasta casi el codo. En el porche no había podido verlo por completo, pues el señor Wise llevaba una camiseta blanca de manga corta, pero la parte del tatuaje que quedaba a la vista era fácilmente reconocible para ella.

Era él.

Después de reconocer al nuevo huésped de Kerry como el hombre que había abordado sus sueños llenándolos de calientes, húmedas, excitantes, y lujuriosas imágenes, Belladonna no había conseguido calmar su ánimo por mucho que lo había intentado. Incluso después de excusarse con Kerry y buscar refugio en su casa.

Jamás había tenido un sueño premonitorio, ella no era la hermana con ese don. Esas eran cosas de Potentila, una de sus hermanas gemelas, menores. Poti estaba bendecida con el don especial de la visión de otros planos temporales. Podía ver cosas del pasado, del presente y el futuro. O bien a través de las cartas, bolas, runas, o cualquier otro elemento de adivinación, o a través de los sueños, y en contadas ocasiones de forma directa, cuando las imágenes llegaban hasta su mente como flashes, revelándole la información. Pero ella jamás había experimentado esa sensación. Nunca había soñado con algo que finalmente pasase. Ni soñado con alguien que conocería más tarde. Y se preguntaba por qué él, y por qué ese tipo de sueño.

Llevaba muchos años sin estar con un hombre, pero tampoco lo había echado en falta. Su corazón aún estaba tan dolido que no se había permitido pensar en ninguno de una manera ni romántica ni física. Sencillamente, había decidido que no necesitaba a ningún espécimen masculino en su vida lo suficientemente cerca de su corazón como, para poder dañárselo. La prueba de lo que un hombre podía hacer con este delicado órgano era la visita que había tenido aquella misma mañana en la tienda. Solo tenía que recordar el ojo amoratado y las lágrimas de la chica para que el dolor llegase hasta ella invadiéndola de nuevo.

Recordó que tenía un trabajo que hacer para la joven y fue hasta la cocina para comenzar a recoger los ingredientes que necesitaba. Eso era lo que tenía que hacer; centrarse en su trabajo, y recordar lo que pasaba cuando se bajaba la guardia y dejabas entrar a alguien en tu corazón. Estaba tan absorta en el bullicio de sentimientos y emociones turbulentas que la embargaban en ese momento que a los pocos minutos, se percató de que de manera mecánica ya había colocado todos los elementos que necesitaba sobre la gran isla de

madera oscura que tenía en la cocina; esparto, ramas, hilo, cera, la camiseta, el cabello del hombre, semillas y alfileres. Después se concentró en el dolor, mientras formaba con los materiales un pequeño muñeco de unos quince centímetros que representaba al hombre que le había roto el corazón a la muchacha. Lo vistió con tiras de su camiseta e incluyó en la fabricación del muñeco el cabello del hombre. No era el primer muñeco vudú que hacía por lo que en pocos minutos lo tenía terminado sobre la mesa de madera, listo para comenzar su castigo.

Declan Wise esperaba en la sala adyacente al despacho del señor Fenimore a que éste pudiese reunirse con él. Y aunque el asunto que tenía que tratar con su jefe era bastante delicado, desde que salió de la casa de huéspedes en la que se alojaba solo había podido pensar en una cosa; la preciosa vecina de su casera.

No lo iba a negar, había quedado impactado por la belleza de aquella mujer de ojos castaños y almendrados, salpicados de motas verdes, tan hermosas y enigmáticas como los prados de su mágica Irlanda natal. Tenía el cabello largo, en un castaño dorado que invitaba a acariciar los mechones que enmarcaban aquellos hermosos rasgos. Y al tocarla... Nunca había experimentado una sacudida como aquella. Apenas tuvo tiempo de disfrutar de la suavidad de su piel, cuando sintió recorrerlo una corriente eléctrica difícil de describir. Se quedó atónito e irremediamente fascinado con la mujer.

Kerry le había dicho que era su vecina, y sin duda esperaba que aquella cercanía le diese la oportunidad de coincidir con ella con frecuencia, porque si tenía una cosa clara era que quería conocerla. No le daban miedo las relaciones ni caer preso de un gran amor. Estaba soltero porque simplemente su trabajo no le había dado mucho tiempo libre para tener la oportunidad de conocer a la persona adecuada, pero tal vez hubiese cambiado su suerte. Sonrió ante esa posibilidad.

—Señor Wise, en unos minutos el señor Finemore estará con usted. Siente el retraso, pero le ha surgido un imprevisto que tiene que solucionar — le informó la secretaria de su jefe, saliendo del despacho.

—Gracias, Anna —se limitó a contestar a la mujer y se acomodó en la silla para aguardar un poco más.

Llevaba trabajando a su servicio cerca de dos años y en ese tiempo su

trabajo había sido bastante sencillo y satisfactorio, salvo los últimos seis meses, que para él habían transcurrido con la lentitud de seis años. El señor Fenimore lo contrató como responsable a cargo de su seguridad, admirado por sus aptitudes en la lucha cuerpo a cuerpo, su capacidad de anticipación, su intuición, y sobre todo su frialdad y templanza en situaciones de alto riesgo. Sin duda, todas cualidades que había adquirido durante sus años en el ejército, como marine de los Estados Unidos.

Le gustaba su trabajo. La mayor parte del tiempo era satisfactorio ocuparse de la seguridad de otras personas. Se trataba más de estrategia y anticipación que de la acción en sí, pues si hacías bien la primera parte, pocas veces tenías que llegar al siguiente paso y enfrentarte a un peligro real. Y él era muy bueno anticipándose a las situaciones de peligro. Lo que no había sabido anticipar, era que el último encargo del señor Finemore, proteger a su única y mimada hija, se iba a convertir en su mayor pesadilla. No sabía por qué había despertado el interés de la joven, pero lo cierto es que ella lo había puesto en su punto de mira a los pocos días de comenzar a trabajar en su protección y eso le había acarreado grandes trastornos.

A él no le interesaba en absoluto tener una relación con aquella joven alocada, mimada, egocéntrica y esnob. Sabía sobradamente que el interés que tenía en él era únicamente un capricho. Y tampoco iba a convertirse en el juguete de una niña acostumbrada a tenerlo todo. Por eso cuando ésta le hizo saber su interés presentándose en su dormitorio casi como su madre la trajo al mundo, no tuvo duda de que lo mejor era dejarle clara su postura ante la proposición: la obligó a cubrirse de nuevo y volver a su cuarto, y le dijo que esperaba que jamás volviese a repetirse una situación como aquella. Pero la señorita Kara Fenimore estaba acostumbrada a conseguir todo cuando deseaba, y lo que él no supo prever fue que tomaría su negativa como un aliciente para conseguir sus propósitos. A partir de ahí, la persecución de la chica se había convertido en algo desagradable, constante y hasta obsesivo. Solo cuatro meses después, cuando vio que sus esfuerzos eran vanos y que una y otra vez obtenía el mismo resultado, rechazos, fue cuando cambió su comportamiento con él y en lugar de perseguirlo para conseguir que cayese a sus pies comenzó a torturarlo, haciendo que su trabajo se convirtiese en una auténtica pesadilla. Se escapaba contantemente rompiendo los protocolos de protección que había establecido para ella. Cada vez, con más frecuencia, se citaba con personal no autorizado ni investigado que llevaba a su casa, e

incluso engañaba a su personal escapando de ellos y desapareciendo por varias horas en las que le resultaba muy difícil localizarla.

Sabía que todo aquello lo hacía para conseguir satisfacer dos de sus instintos más desarrollados: la venganza, y el necesitar que él estuviese todo el día con un único pensamiento en mente, ella. Aunque fuese por las ganas que tenía de estrangularla.

Por eso era tan importante aquella reunión con William Fenimore, quería terminar con la pesadilla en la que se había convertido su vida y dejar de ocuparse de la protección de su hija. Sabía que sería algo difícil de conseguir. Desde que el señor Fenimore comenzase a recibir amenazas que ponían en peligro la integridad de los miembros de su familia, hacía unos meses, estaba obsesionado con protegerlos como diese lugar. Y en especial a su única hija.

Kara se empeñaba en vivir en Nueva York, donde su estilo de vida era mucho más glamuroso y las posibilidades de compras y diversión mucho más variadas que en aquella pequeña localidad. Pero estar en una gran ciudad como aquella la ponía en situaciones mucho más difíciles de controlar en cuanto a su seguridad. Por eso el señor Finemore había designado la protección de su hija al hombre más cualificado y de mayor confianza que tenía: él. Y convencerle de que cualquier otra persona podía cumplir esta función iba a ser muy complicado.

—Siento el retraso, señor Wise —comenzó excusándose William Finemore, saliendo de sus despacho minutos más tarde—. A veces, por mucho que intente evitarse, las cosas escapan a nuestro control —explicó su jefe, como siempre elegantemente vestido, esta vez con un carísimo traje azul marino. Su porte era aristocrático y exudaba seguridad y confianza. La que debía tener un hombre a cargo de un imperio como el de su familia.

—Por supuesto. No se preocupe, me hago cargo de su apretada agenda —contestó dándole la mano tras levantarse.

El señor Finemore lo invitó a entrar en el despacho y lo siguió al interior, cerrando la puerta tras él. Se sentó en una de las sillas frente al escritorio, cuando vio que su jefe lo hacía tras él.

—Para empezar, déjeme decirle que estoy muy complacido con el trabajo que está realizando en cuanto la protección de Kara. Mi hija no es una persona... sencilla de tratar. Me consta que no le ha puesto las cosas fáciles —añadió con gesto parecido a una mueca—, pero usted ha sabido resolver todos los incidentes de manera satisfactoria.

Declan no estaba sorprendido de que su jefe supiese lo complicada que estaba resultando la protección de su hija. Estaba seguro de que entre el personal con el que contaba la señorita Finemore para satisfacer sus necesidades diarias, había gente fiel a su jefe que lo pondría al tanto de los movimientos de su hija. No en vano, era él el que pagaba las facturas de su única heredera.

—Por eso me resulta un poco complicado abordar el siguiente tema a tratar...

Declan no se movió un ápice del sitio ni cambió su gesto expresando la sorpresa e inquietud que le provocaba aquel cambio en el tono de su jefe, que de repente parecía a punto de hacerle una confesión. Se preparó para lo peor.

Belladona, en su cocina, sostenía el muñeco con su mano izquierda mientras con la derecha tomaba uno de los alfileres de la pequeña cajita de metal en la que los guardaba y concentrada en el muñeco dijo en tono claro y firme: «*lingua dormitum*». Y clavó un alfiler en la boca del muñeco. Sonrió pensando en el mal rato que pasaría aquel desgraciado durante unas horas y guardó el muñeco en un cajón. Después se dispuso a recoger los restos de los materiales de la mesa mientras entonaba una canción.

—Creo que mi hija...ejem, en fin, tiene cierto interés en usted —le dijo el señor Finemore a un perplejo Declan que no podía creer los derroteros que iba a tomar aquella conversación—. Y bueno... Aunque no me resulte sencillo decirlo, quiero que sepa que si esa... atracción es mutua..., no tengo ningún problema en que tenga una relación con ella...

El habitual autocontrol de Declan lo abandonó en el momento en el que su jefe insinuó que le daba permiso para tener una relación con Kara, dejando que asomasen a su rostro las emociones de descontento y estupor que aquella afirmación le provocaban. Presto a negar que él sintiese lo mismo y que hubiese ninguna posibilidad de que sucediese, abrió la boca para protestar, pero las palabras parecían amontonarse entre sus labios. Tenía la lengua dormida y vio con estupor que no conseguía articular palabra.

—Se...ñ...Fi....arr....bet...—Intentó hablar y la impotencia y horror hicieron que su gesto se torciese en una mueca por el esfuerzo y la incredulidad de que algo como aquello le estuviese pasando. Con el rostro enrojecido intentó hablar de nuevo tras tomar aire un par de veces, ante los

ojos atónitos de su jefe que lo miraba sin dar crédito a la escena.

—¿Qué le ocurre, Wise? ¿Ha bebido usted? —le preguntó su jefe desconcertado por la escena, levantándose del asiento.

Declan hizo un último esfuerzo porque las palabras saliesen de su boca, pero no consiguió más que otra dosis de frustración. Avergonzado y confuso, se levantó de su silla y disculpándose con gestos torpes, abandonó el despacho y la mansión del señor Finemore, a las afueras del pueblo, como alma que lleva el diablo.

—¿Bell, estás en casa? —oyó Bella que la llamaba su hermana desde la planta superior.

Bella, que se había dejado caer sobre su cama aguardando el regreso de Madi mientras daba vueltas en la cabeza a aquel extraño día lleno de sucesos desconcertantes, se incorporó inmediatamente, salió de la habitación y subió las escaleras sin energía. En cuanto su hermana la vio, la abrazó con fuerza. La mantuvo sujeta durante largos minutos entre sus brazos, arropándola. Apoyó la mejilla sobre su frente y la acunó en silencio. Después le tomó el rostro entre las manos y la miró fijamente a los ojos. Finalmente suspiró con profundidad como si absorbiese en su aliento todo el dolor que guardaba ella en su corazón. Cerró los ojos un segundo y los volvió a abrir con una sonrisa.

—¡Vaya! Has tenido un día duro —susurró frente a su rostro.

Bella se limitó a asentir. Con Madi no había más que decir. Ella lo sabía todo. Todo lo que pensaba, todo lo que sentía, todo lo que soportaba su alma... incluso en ocasiones, mejor que ella misma.

—Pero ahora está todo mejor —terminó rodeándola con un brazo. Y así era. Era otro de los grandes y poderosos dones que poseía. Madi era una de las siete brujas más poderosas del mundo. Su conocimiento y poder albergaba milenios de sabiduría y experiencia, heredados de las matriarcas de su clan. Ahora era ella matriarca del suyo, pero en su día, cuando era una bruja de su nivel, eso sí, con dones y características especiales que la hacían candidata capacitada para suceder a su antecesora en el puesto, fue elegida y antes del fallecimiento de la anterior, le traspasó sus dones y sabiduría en una celebración de conducción de poderes en la noche de navidad de su treinta cumpleaños.

Se dejó guiar por su hermana hasta la cocina, lugar habitual de reunión de las hermanas De'Marsi, y no era de extrañar que así fuera. No había espacio en el que una bruja se sintiese más cómoda que aquel en el que realizaba sus pociones y conjuros. Donde se cocinaba la magia. Se sentó en uno de los taburetes altos que rodeaban la isla de madera y la vio preparar una infusión

poniendo agua a hervir en una tetera de metal sobre el fuego.

—Es guapo —le dijo Madi aún de espaldas a ella, haciendo la mezcla de hierbas para la infusión.

Unos golpes en el cristal de la puerta que llevaba al jardín las interrumpieron regalándole unos segundos para pensar antes de contestar. Sin mirar hacía la puerta, Madi hizo un gesto con su mano y la puerta acristalada se abrió dejando pasar a un hermoso cuervo de pelaje brillante que entró para posarse directamente en su hombro izquierdo. Madi volvió a cerrar la puerta y se giró para colocar una taza de porcelana delante de ella. Tomó un puñado de bayas frescas de un tarro de cristal y se las ofreció a Simeón, su cuervo, para que las comiera de su mano. Entonces la miró para hacerle saber que esperaba un comentario en respuesta al suyo.

Bella suspiró y apoyó la cabeza entre las manos.

—Sí, es guapo —confesó y volvió a resoplar.

—Muy pocas veces una bruja tiene la posibilidad de escuchar la llamada. Y la verdad, me sorprende que lo hayas hecho tú, con lo cerrada que estás. Temía que no pudieses.

El comentario de Madi hizo que se le detuviese el corazón en seco. Las brujas eran seres con personalidad y carácter voluble, en ocasiones podían resultar confusas o poco claras con respecto a sus sentimientos y es que el hecho de tener que lidiar con unos dones especiales que en muchas ocasiones se veían alterados y alteraban su carácter hacía que un sentimiento tan fuerte y poderoso como el amor, fuese más de lo que podían soportar. Había muchas leyendas sobre la incapacidad de una bruja de enamorarse, pero la mayoría no eran ciertas, salvo contadas ocasiones en las que su clan en concreto estuviese bajo el influjo de un maleficio. Las brujas podían enamorarse y lo hacían con frecuencia, pero sus amores solían ser triviales y poco profundos, excepto cuando estos venían precedidos de “la llamada” que no era otra cosa que la señal que auguraba a la bruja la cercanía de un alma afín, de una persona que podía tocar su corazón de manera especial y dejar una gran huella. Una huella imborrable en su vida, su mente y su corazón.

—Y si está unido a ti, debe ser un hombre especial...—Madi aguardó algún comentario y viendo que su hermana no se sentía capacitada para hablar prosiguió—. ¿Por eso has aceptado otro de esos trabajos, por miedo?

Bella se levantó y dio la espalda a su hermana con la excusa de buscar una servilleta. Sabía que Madi estaría molesta por ese motivo y no quería ver

la decepción en sus ojos.

—Me prometiste que no volverías a hacerlo —le recordó.

—Lo sé... Pero no he podido evitarlo. Ese malnacido, no teniendo suficiente con partírle el corazón, le dejó un ojo morado —justificó su intervención.

—No he dicho que no lo merezca. No lo sé, no conozco el caso. Pero por lo que dices, muy probablemente así sea. Y si fuese cualquier otra bruja la que realizase el conjuro no me opondría. Pero tú no puedes hacerlo. Bell, eres una bruja empática. Absorbes todas las buenas y malas energías de las personas a las que ayudas y de los trabajos de magia que realizas. Por eso estás tan agotada hoy. Pones en riesgo tu salud haciendo esos trabajos que retroalimentan los sentimientos de dolor, angustia y sufrimiento que deberías haber superado ya. Ocho años es mucho tiempo, Bell.

Bella sabía que su hermana tenía razón. Había escuchado aquellos argumentos cientos de veces. Cada vez que aceptaba un trabajo como aquel, pero por una razón que estaba fuera de la cordura y de cualquier pensamiento racional, cuando veía a una mujer sufrir por amor, todos los sentimientos que conseguía mantener durante meses a raya, volvían a la superficie apoderándose de ella. Entonces no quería otra cosa mas que impartir algo de justicia kármica. Pero Madi tenía razón, si no dejaba de sufrir por las personas que acudían a la tienda con el corazón roto, tal vez el dolor nunca la abandonaría.

—Está bien —aceptó—, después de éste no volveré a aceptar otro trabajo de desamor —le dijo mirándola a los ojos, dispuesta a intentarlo de veras.

Madi supo que no le mentía y le regaló una sonrisa reconfortante.

—Bien, y ahora, si quieres te cuento todos los chismes del mundo mágico. Vamos a tener para un par de horas, pero las risas están aseguradas —le dijo guiñándole un ojo.

Y tenía razón, pero las dos horas se convirtieron rápidamente en casi cuatro. Las hermanas estuvieron hasta bien entrada la madrugada poniéndose al día de las cosas que les interesaban tanto del mundo humano como del mundo mágico. Y Bella se sintió mucho mejor, hasta que decidió ir a su cuarto y descansar un poco antes de enfrentarse a un nuevo día. Cuando entró en su dormitorio, Ruda, su gata, estaba acostada ya sobre los cojines que tenía sobre la cama. Se acercó y la tomó en brazos acariciándola mientras ésta se dejaba hacer con un ronroneo de placer. Se acercó a la ventana y admiró la

noche cerrada, cubierta por un hermoso manto estrellado. Suspiró, y al bajar la mirada se cruzó con otra gris, que la observaba desde el *Sweet Dream*. Contuvo el aliento y su corazón comenzó a latir atropelladamente. Se aferró a la ventana sin poder apartar la mirada del hombre. Llevaba el torso desnudo, tan solo vestido con un pantalón vaquero, regalándole la visión de su fuerte y musculoso cuerpo. La luz dorada proveniente de la lámpara de su cuarto, confería una apariencia casi irreal a su escultural imagen. Lo vio elevar los brazos y apoyarse con ambos en la madera de su ventana. Y la imagen de su cuerpo sobre el de ella la invadió de nuevo, haciéndola gemir de placer. Él le sonrió como si hubiese podido oír la expresión de su abrumadora excitación y como si no pudiese evitar convertirse en su reflejo, le devolvió la sonrisa con el sonido ensordecedor de los latidos frenéticos de su corazón bombeándole en los oídos.

Necesitaba serenarse, o saldría a buscarlo sin remedio. Por lo que se despidió con la mano, y cuando vio que él le devolvía el gesto, se alejó de la ventana con pereza. El resto de la noche, el recuerdo de su cuerpo, su mirada y aquella sonrisa embaucadora la acompañaron, caldeando sus sueños.

Declan la vio alejarse de la ventana y habría dado lo que fuera por poder volar hasta ella y hacer que volviese. Aquella tarde había sufrido lo que el médico había descrito como una crisis nerviosa que le había llevado a tensionar los músculos de su boca y lengua impidiéndole articular palabra. Era cierto que su trabajo en los últimos meses le había proporcionado un estado de inquietud al que no estaba acostumbrado, pues era un hombre que se vanagloriaba de permanecer impassible cuando era necesario sin dejar que las circunstancias externas lo alterasen. Pero nunca imaginó que su estado de ansiedad por tener que proteger a la señorita Finemore podía hacerle padecer una crisis nerviosa. Aunque tampoco había imaginado que el señor Finemore le diese permiso para mantener una relación que no deseaba con su hija.

Había pasado toda la tarde, y gran parte de aquella noche dando vueltas a todo lo que le había pasado ese día, no pudiendo conciliar el sueño. Había sido una locura, hasta que vio a Belladona en la ventana y su corazón se detuvo en seco al comprobar que le devolvía la sonrisa y con ella la vida, haciendo que su corazón volviese a latir, esta vez, desbocado en su pecho. Volvió a la cama, separándose de la ventana con pereza, pero sabiendo que esta vez sí conseguiría conciliar el sueño, ahora que Bella había inundado su mente con su preciosa imagen y el recuerdo de aquel hermoso y dulce gesto.

La mañana del miércoles, Declan llegó hasta la tienda de la señorita De'Marsi con algo parecido a la ilusión quinceañera aleteando en su pecho. Francis había sido tan amable de indicarle dónde podía encontrarla, pues el día anterior había estado observando su casa, buscando verla en algún momento, pero no había tenido suerte. La tienda no estaba lejos, tan solo a un par de kilómetros de la casa de huéspedes y había decidido hacer el trayecto caminando y así poder pasear por las calles del pueblo y disfrutar de su incuestionable encanto. Cuando llegó hasta la fachada de madera color crema de la tienda, se quedó unos minutos admirando el aire antiguo, acogedor y romántico con el que había sido decorada. Sobre la fachada, un letrero colgante de hierro forjado anunciaba el establecimiento con el nombre *De'Marsi* caligrafiado en letras doradas. Le gustó ese aire a tiempos antiguos que exhibía y sonrió. Concordaba perfectamente con la imagen de la mujer que la regentaba.

Miró a través del cristal del escaparate en el que se exponían jabones, frascos de cristal con aceites, hierbas y distintas gemas en una balanza antigua de cobre. Y entonces levantó la vista al interior de la tienda y volvió a tener esa sensación de descontrol de todos sus sentidos.

Allí estaba Bella, como Kerry y Francis la llamaban. Llevaba bajo un delantal blanco, un vestido floreado en tonos marrones que dejaba uno de sus hombros al descubierto. Tragó saliva al fijarse en la piel suave que mostraba, en la curva elegante que hacía su cuello al unirse con su hombro y la reacción de su cuerpo fue instantánea, pues algo lo hizo imaginar cómo sería besar aquella piel, ascendiendo lentamente por su cuello hasta llegar al lóbulo de su oreja, y atrapararlo entre los dientes. Y lo delicioso que sería apreciar cada uno de los sabores de su piel. En ese momento ella sonrió a una clienta y aquellos labios carnosos y tentadores provocaron una nueva reacción en su cuerpo que lo hizo parpadear un par de veces, sorprendido. Como si hubiese podido notar su presencia observándola, ella se giró y lo miró a través del cristal. Al principio sorprendida, y después con una pequeña sonrisa, desvió la mirada mientras se apartaba un mechón de cabello de la cara con gesto nervioso.

«Adorable, es sencillamente adorable», pensó, y no tardó en decidir que era el momento de entrar.

—¡Buenos días! —saludó nada más atravesar la puerta y escuchar cómo las campanitas sobre ésta anunciaba su llegada.

—Buenos días —contestó ella con una preciosa sonrisa de bienvenida.

La clienta que atendía se giró a observarlo también durante un segundo y volvió a reclamar la atención de Bella.

—Pues necesito un poco más de aceite del que me preparaste el mes pasado para...—volvió a mirar para atrás un segundo como si temiese que él oyese el motivo de su compra—. Bueno, para eso que tú ya sabes —concluyó en un susurro.

—Claro, espere un momento, y en seguida se lo saco, señora Hickey —contestó Bella y se encaminó a la trastienda, pero antes de desaparecer tras la cortina, le regaló otra pequeña sonrisa que fue todo lo que él necesitó para seguir respirando.

Bella entró la trastienda e intentó inhalar todo el aire que pudiesen almacenar sus pulmones, pero sabía que ni enganchándose a una bombona de oxígeno conseguiría recuperar su ritmo cardiaco y superar la sensación de descontrol que se había apoderado de ella en cuanto lo vio en el escaparate.

Desde que él apareciera por el pueblo cada parte de su cuerpo lo buscaba, y tan solo cuando se dejaba abandonar por el dulce sueño de la noche y podía satisfacer sus fantasías recreando lo que anhelaba su mente, conseguía algo de sosiego. Aun así, una parte de ella le impedía soltarse y buscar lo que soñaba cada noche, pues sabía que en el momento en el que aceptase la unión de sus cuerpos, también le abriría su corazón. Y aquel era un paso que no estaba preparada para dar.

Y él estaba allí, en la tienda. ¿Por qué habría ido? ¿Necesitaría ayuda o quería verla? Solo de pensar que hubiese ido hasta allí a buscarla se le aceleró el pulso hasta dolerle el corazón en el pecho. Intentó tranquilizarse tomando los ingredientes que necesitaba para preparar el aceite de romero y canela que utilizaba la señora Hickey para reactivar el deseo de su esposo, esforzándose por controlar la cantidad que necesitaba de cada uno de los ingredientes para que éste fuese útil. Finalizado el aceite, volvió a colocar los recipientes en su sitio y salió de la trastienda tomando aire.

Allí seguía él, con sus preciosos ojos clavados en ella, siguiendo sus

movimientos por el establecimiento y haciendo que la sangre le hirviese en la venas hasta anidar el calor en la zona más baja de su vientre. Entregó a la clienta los productos que había ido a buscar tras introducirlos en una de sus bolsas de papel impresas con el nombre de la tienda. Cobró el importe de los productos y se despidió de ella casi sin resuello, sabiendo que se quedaría a solas con él.

Nada más salir la señora Hickey del establecimiento, sus miradas se enlazaron, y se vio dirigir los pasos hacia él saliendo del mostrador, como llamada por una fuerza superior que tomaba el control de su cuerpo. Cuando se dio cuenta de que así era, utilizó toda su fuerza de voluntad para detenerse a tan solo dos pasos de distancia del hombre que le robaba el sueño.

—Hola —le dijo casi en un susurro.

—Hola —contestó él y de manera imprevista, recorrió el espacio que los separaba de una sola zancada.

Bella contuvo el aliento y bajó la mirada intentando romper el hechizo al que la sometía su mirada gris, pero aun así no pudo separarse un centímetro de él, que súbitamente levantó una mano y con la sutileza de una pluma acarició su mejilla, introduciendo la mano entre su cabello y la piel sensible de su rostro. La exquisita caricia le produjo una nueva descarga. Volvió a sentir aquel cosquilleo sobre la piel, tibio y excitante, que bajó por su cuello, por su pecho y llegó hasta su corazón, atravesándolo. La sensación que la invadió era por igual dolorosa y placentera, como si cada célula de su cuerpo despertase ante su contacto y se expusiese a él deseando recibir sus atenciones. Siguió con la mejilla el movimiento de su mano, presa del magnetismo que Declan ejercía sobre ella, cerró los ojos un segundo, intentado atrapar las miles de sensaciones que la embargaban en ese momento y contuvo el aliento justo antes de sentir los labios firmes y cálidos del hombre sobre su sien. El pulso frenético de su corazón se volvió atronador en sus oídos, como un zumbido que la dejaba sorda y hacía que el resto del mundo desapareciese a su alrededor. El siguiente beso lo depositó un poco más abajo en su mejilla y su respiración acelerada hizo que su pecho subiese y bajase desbocado anticipando un nuevo contacto. Otro beso más en la comisura de su labios hizo que la tienda comenzase a dar vueltas a su alrededor introduciéndola en un torbellino imparable de emociones. Y entonces los labios de él se posaron sobre los suyos, de manera tan sutil como el aleteo de una mariposa, pero la reacción que sufrió su interior fue

devastadora: como millones de explosiones cósmicas, místicas, ancestrales, carnales, locas, increíbles. Algo que superaba con creces a cualquier cosa que hubiese sentido hasta ese momento y que la invadió, haciendo que temiese ver consumirse cada célula de su cuerpo.

—Eres tú... —le susurró él frente a los labios, acariciándola con su aliento que ella atrapó en sus pulmones.

Y el sonido de las campanitas de la puerta de la tienda los interrumpió haciendo que volviesen a la realidad de manera súbita y dolorosa. Se miraron a los ojos un segundo en el que pudieron leer todo el anhelo que guardaban.

—Siento interrumpir... —dijo Francis dudando si terminar de entrar o no en la tienda.

Bella dio un par de pasos atrás poniendo algo de distancia entre los dos e intentando recuperar de esta manera el control de su cuerpo.

—No pasa nada, ¿qué ocurre? —preguntó y escuchó su voz como si no fuese suya, como si se tratase de la de una extraña.

—Es que Priscila se ha puesto de parto, y dice que no quiere continuar si no estás con ella en este momento —dijo la chica con apremio.

«Priscila, su parto, su bebé.» Repitió las palabras una tras otra encontrando la lucidez en su pesada mente para encajarlas con sentido. «Priscila, su dolor, su miedo. Priscila quiere que esté ahí para proteger a su bebé. Vale, de acuerdo, estoy de vuelta.» Evitando mirarlo, entró en el almacén y tomó un maletín antiguo de cuero en el que guardaba una pequeña muestra de los ingredientes que necesitaba y salió con él dispuesta a marcharse.

—Yo me quedo en la tienda hasta que venga Madi, está de camino —le dijo Francis, y respiró aliviada al ver que al menos alguien pensaba con lucidez en aquel momento.

—Gracias, cariño —dijo a la chica.

—Lo siento, tengo que marcharme, es urgente. Priscila me necesita —dijo a Declan evitando perderse en su mirada gris e infinita.

—¿Puedo acompañarte? —le preguntó él viendo que ella se dirigía a toda prisa hacía la salida.

—No...—contestó en un susurro.

—¿Y aceptarías cenar conmigo esta noche? —le preguntó esperanzado.

Bella, asustada por la intensidad de las miles de emociones que se habían apoderado de ella con su solo contacto, negó con la cabeza y salió de la

tienda sin mirar atrás.

Declan se quedó allí viendo cómo ella se marchaba sin poder explicar todo lo que albergaba su corazón en aquel momento.

—Solo hay una cosa a la que Bella no puede resistirse... —le dijo Francis haciéndolo consciente de que la chica estaba allí observando. La miró y ella prosiguió.

—...Y es a ayudar a los demás.

Declan escuchó aquella afirmación que entró en su mente como un gran rayo que lo iluminó todo. Sonrió, se despidió de la chica, y salió de la tienda con la determinación de un hombre que acaba de encontrarse con su destino.

Unos golpes en la madera de la puerta de su cuarto fueron lo primero que escuchó Bella aquella mañana, antes de que sonase su despertador. Sin dar una respuesta a la llamada, vio cómo ésta se abría y Madi asomaba por la misma con una sonrisa.

—¡Buenos días, dormilona! He pensado que te vendría bien un descanso, así que me ocuparé yo un par de días de la tienda, así podrás relajarte. Disfrútalo. ¡Ciao! —se despidió su hermana tirándole un beso desde la puerta.

Bella se quedó perpleja sobre la cama, con el rostro cubierto por el cabello y sintiéndose adormecida aún, se preguntó si no lo habría soñado. Se giró hacia su mesita de noche y tomó el despertador. ¡Eran casi las nueve de la mañana! ¿Qué había pasado? ¿Debería llevar horas levantada! Pero echando un vistazo al aparato comprobó que estaba desconectado el botón de la alarma, a pesar de estar completamente segura de haberlo encendido la noche anterior, como hacía cada día. «¡Mandrágora! Ella lo ha apagado», pensó, y no iba a protestar. Estaba cansada y tener un par de días libres le permitiría hacer cosas para las que habitualmente no disponía de tiempo. Como por ejemplo... Dio un par de vueltas en la cama a un lado y a otro y se percató de que hacía tanto que no disponía de un día para hacer algo que le gustase, que no sabía qué hacer. Al cabo de unos minutos sin embargo una idea se paseó por su mente, dándole la perspectiva de disfrutar de un día diferente.

Llevaba meses sin poder hacerlo, pero antes, algunos días iba hasta el embarcadero y quedaba con Edward, un escritor de la localidad, tan grande como buena persona. Era un hombre al que le gustaba disfrutar de sus silencios y salir de pesca con él siempre le había resultado de lo más relajante. Edward salía a pescar cada día, y estaba segura de que no le importaría que ella lo acompañase esa mañana. De manera que dejándose llevar por la ilusión de un niño, se levantó a toda prisa, se dio una ducha y se vistió con un pantalón corto vaquero y una camiseta blanca, su gorra y unas

zapatillas deportivas. Veinte minutos más tarde, después de dar su desayuno a Ruda y degustar un gran tazón de leche con cereales, tomó la bicicleta y se fue hasta el pequeño embarcadero en el que Edward amarraba su bote. Llegó justo a tiempo, pues éste se disponía ya a marcharse cuando la vio aparecer por la pasarela.

—Buenos días, Belladona. ¡Qué sorpresa verte por aquí! —la saludó su amigo complacido de verla. Aunque su gesto no lo reflejase, sus ojos brillaron mostrando su alegría.

—Sí. Yo tampoco lo esperaba, pero Madi me ha dado un par de días libres y he pensado en pasar la mañana contigo pescando. ¿Me aceptas como compañera de pesca? —le preguntó impaciente porque dijera que sí.

—Claro, llegas justo a tiempo —la invitó a subir a la barca.

Bella sonrió, se caló la gorra hasta los ojos, y subió al bote.

Tres horas después, la pesca no había sido muy productiva para ella pero se había relajado hasta el punto de sentirse adormecer sobre la madera del bote, dejándose llevar por el vaivén del agua, el precioso día de sol que acariciaba su piel dorada y el silencio de su compañero de pesca, que permitía escuchar el relajante sonido del agua meciendo el bote, a las gaviotas entrar en el agua para conseguir sus peces, y hasta el sonido de los árboles más cercanos acariciados por la ligera brisa de aquella mañana.

Era todo relajante y perfecto, justo lo que necesitaba.

—¿Qué tal está Kerry? —le sorprendió Edward rompiendo su silencio.

Bella sabía que el escritor llevaba años enamorado de su vecina y amiga, pero por alguna razón, no se atrevía a dar el paso y pedirle una cita. Y como ella no creía que hubiese que intervenir cuando se trataba de formar una pareja, no había hecho nada por ayudarlo.

—Está muy bien, como siempre —se limitó a contestar. Y siguió dejando que el sol dorase sus mejillas levantando el rostro.

Sin embargo unos minutos más tarde, volvió a observarlo y lo vio con la mirada perdida en el horizonte, y se preguntó si Edward llevaría años buscando la manera de encontrar el valor de luchar por aquello que amaba.

—Tal vez... deberías acercarte un día a verla. Cada tarde preparara galletas y un delicioso y refrescante té helado que estoy segura de que le encantaría compartir contigo.

Edward la miró unos segundos y en sus ojos se leía que ciertamente aquella posibilidad le hacía realmente ilusión.

—¿De veras crees que no le importaría? —le preguntó esperanzado.

—No solo no le importaría, Edward. Estaría encantada. Kerry es una gran mujer...

—Sí que lo es —se apresuró él a corroborar.

—Y tú un gran hombre —añadió ella.

Su amigo la miró con intensidad.

—Y ambos merecéis ser felices —terminó ella la frase.

Edward se miró las botas y cabeceo sonriendo con pereza.

—Así que no engaño a nadie... ¿Es tan evidente? —le preguntó sin dejar de sonreír.

—Imagino que si se presta la suficiente atención, sí —le contestó Bella compartiendo su sonrisa.

Y ambos comenzaron a reír en la barca.

Declan había salido a nadar aquella mañana por el lago. Le encantaba la actividad física; el deporte, el senderismo, la natación... En Nueva York intentaba dedicar a su entrenamiento físico al menos una hora diaria. Sin embargo, tener la oportunidad de hacer deporte al aire libre era un lujo que raramente se podía permitir. Y no aprovechar la oportunidad de hacerlo en aquel encantador pueblo con sus preciosos paisajes verdes y aquel maravilloso lago, le parecía un crimen.

Por lo que aquella mañana, sintiendo que necesitaba hacer algo que le liberase de la tensión de aquellos días, se fue a correr. Y cuando llegó al lago, darse un chapuzón y terminar su sesión deportiva dando algunas brazadas le parecieron el colofón perfecto para aquella mañana. Pero de repente unas risas llegaron hasta él abriéndose paso por encima de los sonidos relajantes del lago. Se detuvo inmediatamente y miró en la dirección desde la que provenían. En el preciso instante en el que sus ojos se posaron en la hermosa señorita De'Marsi, el corazón comenzó a latirle desenfrenado. Mucho más de lo que lo hacía después de correr veinte kilómetros.

Ella era preciosa, sencillamente eclipsante y su risa lo transportó de manera inmediata a recrear en su mente el maravilloso sueño que lo había envuelto aquella noche. Después de creerla en sus brazos, tumbados juntos y entregado a los deliciosos besos de aquella tentadora boca, no ir a su casa a por ella y devorarla como había soñado que hacía, había sido todo un ejercicio de voluntad férrea. Quería hacer las cosas bien con ella y conseguir

que le diese una cita en la que poder disfrutar de su compañía, del cortejo, de cada uno de sus encantadores gestos y después... mejor no pensar en el después o ni siquiera estar sumergido en las frescas aguas del lago impediría que su cuerpo reaccionase con otra violenta erección.

—¿Sabes? Kerry hace un guiso de pescado de chuparse los dedos... — dejó caer Bella como si acabase de comentar que estaba cambiando el tiempo.

Edward la miró un segundo, y después al cubo con media docena de peces que había conseguido aquella mañana. La volvió a mirar y sonrió.

—¿Te importa si me marcho ya? —le preguntó con una sonrisa.

—En absoluto. Solo permaneceré unos minutos más y yo también me marcharé —le contestó feliz de que sus amigos por fin fuesen a tener una oportunidad.

Edward no tardó en llevar de vuelta el bote hasta el punto de amarre del pequeño embarcadero, a pocos metros. Bajó del bote y se despidió con la sonrisa más grande que le había visto jamás.

Bella suspiró feliz y se quedó mirando el agua como un hermoso espejo brillante frente a ella. Pero a los pocos minutos, unos golpes en agua y un grito de auxilio llamaron su atención poniéndola en alerta. Se puso de pie en el bote y vio con estupor que Declan estaba en el agua haciendo señales de auxilio mientras intentaba mantenerse a flote. Sin darse tiempo a pensar, se tiró al agua desde el bote y fue en su ayuda. Cuando llegó hasta él, éste ya se había hundido bajo el agua. Bajó a por él y lo sacó con esfuerzo, llevándolo hasta la orilla. Allí, haciendo acopio de todas sus fuerzas, lo arrastró por lo brazos sacándolo del agua. Se arrodilló junto a él llena de pánico.

¡No respiraba! ¡No respiraba! Se repetía con angustia y desesperación.

—Está bien, Bella. Tienes que hacer algo. No puedes dejar que se vaya —dijo mientras intentaba que el pánico no la bloquease. Puso una mano sobre su pecho y observó que sus pulmones estaban inmóviles, acercó la mejilla a su boca y se cercioró de que así era. Sacudió las manos, nerviosa, y finalmente decidió hacerle la maniobra de reanimación. Echó con cuidado su cabeza hacía atrás y abrió su boca tirando de la barbilla hacia abajo, acercó sus labios y exhaló aire en su boca. El primer contacto con sus labios fue electrizante y sorprendente, pero no tanto como ver que él de manera súbita se aferraba a ella pegándola a su cuerpo y aprovechaba la maniobra para

besarla, devorando su boca.

El miedo dio paso a la sorpresa más absoluta y después, sin darle tiempo a pensar en qué era lo que había pasado, a la excitación más devastadora que había sentido jamás. Los labios de Declan se movieron sobre los suyos de forma experta, firme y deliciosa, bebiendo de ellos con ansia y devoción desmedida. Y cuando introdujo la lengua en su boca, buscando una caricia más íntima, cada célula de su cuerpo reaccionó en respuesta inmediata al sabor de su beso. Él la hizo rodar por la tierra y se colocó sobre ella, haciéndola sentir la poderosa erección de su entrepierna sobre su muslo. Se sintió hervir por dentro. La sangre recorría sus venas como lava fundida. El corazón amenazaba con estallarle en el pecho y no era consciente de otra cosa que no fuese él.

El mundo desapareció para ella hasta que Declan se separó ligeramente de su rostro para perderse en su mirada.

—Sabía que me salvarías —le dijo con una irresistible sonrisa que le costó horrores ignorar.

—¿Qué te salvaría? —le dijo ella incorporándose sorprendida, lo empujó para que se apartase de ella—. ¡Me has engañado! Yo pensé que... ¡Oh! ¿Cómo he podido ser tan...?

Antes de que ella se separase del todo de él, Declan acalló sus protestas con un nuevo beso que la silenció por completo. La oyó gemir bajo sus labios y fue como música celestial para sus oídos. Quería más, necesitaba a aquella mujer por completo.

—No vas a conseguir que desista, Bella —le dijo tomando su rostro entre las manos frente a sus labios—. Así que... ¿Por qué no hacemos esto más fácil y me das una cita?

Bella sentía palpar todo su cuerpo. El torbellino de emociones que la embargaba se anidó en su vientre, provocándole una intensa descarga de deseo. ¡Cuántas ganas tenía de decirle que sí! Dejarse llevar por aquella locura y... ¿Y sufrir las consecuencias?

Declan leyó las dudas en su mirada. Bella no sabía qué hacer.

—Tengo que irme —contestó ella finalmente comenzando a caminar hacia atrás, separándose de él.

—No has dicho que no, ¿significa eso que lo pensarás? —insistió antes de que ella se marchase, regalándole una sonrisa que le provocó un cosquilleo inmediato en el vientre. No pudiendo resistirse a su gesto, le devolvió la

sonrisa y se fue corriendo de allí antes de sucumbir a su deseo y que no hubiese marcha atrás.

Aquella noche, al irse a la cama, Bella abrió el cajón de su mesita para guardar en él un ramillete de lavanda que había cortado del jardín, cuando vio el muñeco vudú que había realizado hacía unos días. No había vuelto a acordarse de él. Era muy extraño, porque nunca dejaba un trabajo a medias. Lo tomó entre las manos y lo observó unos segundos. Había prometido a Madi que no volvería a aceptar un trabajo de esa índole, pero aquel tenía que terminarlo por la chica. Cogió la cajita de los alfileres y sacó uno antes de pensárselo dos veces. Se concentró en el muñeco y clavó el alfiler en su garganta pronunciando las palabras *aqua exple*.

Volvió a introducir el muñeco en el cajón y lo cerró sintiendo cómo parte de la energía recuperada aquel día abandonaba su cuerpo. Se metió en la cama e intentó dormir.

El viernes por la mañana, Declan se levantó de la cama hecho unos zorros. Sentía el cuerpo como si lo hubiese aplastado una apisonadora. Estaba agotado, y le dolía la garganta de los esfuerzos de haber estado vomitando gran parte de la noche.

No sabía muy bien qué era lo que le había pasado, quizás algo que comió el día anterior le había sentado mal, aunque era extraño. Cada una de las veces en las que se indispuso durante la noche, primero sentía como una bola que le oprimía la garganta, tras la cual, la necesidad de ir al baño a vomitar se hacía imperiosa y en cuestión de segundos, se sentía vaciar en el retrete, viendo como una gran cantidad de agua limpia abandonaba su cuerpo. Jamás se había indispuerto de esa manera, y no sabía qué pensar. Por fin, cerca de las cinco de la mañana cesaron los extraños vómitos y pudo dormir un poco. Descanso que agradeció enormemente. Aun así, no terminaba de sentirse recuperado y la irritación de la garganta era bastante molesta.

Cerca de las diez de la mañana, se dirigió a la cocina de Kerry, que acababa de sacar un bizcocho del horno. A pesar de tener una pinta deliciosa, no se atrevió a meter aún algo sólido en su cuerpo y se sirvió simplemente un vaso de leche que bebió, sediento. No se sentía con fuerzas para salir a correr aquella mañana, por lo que se dispuso a dar un paseo por el pueblo y hacer algunas compras, y así tener una excusa para pasar a ver a Bella por su tienda.

Pero cuando llegó hasta allí, hora y media más tarde, ella no estaba. En su lugar, una guapa pelirroja de ojos verdes atendía a los clientes en el interior. Decepcionado ante la posibilidad de no verla aquel día, decidió marcharse, pero cuando comenzaba a caminar de vuelta calle abajo, una voz femenina lo llamó. Se giró sorprendido y vio cómo la pelirroja había salido a la puerta del establecimiento dejando a los clientes esperando.

—Eres Declan, ¿verdad? —le preguntó ella sorprendiéndolo.

—Sí, soy yo —dijo acercándose de nuevo a la puerta.

—Yo soy Mandrágora, Madi, la hermana mayor de Bell —se presentó

ella con una sonrisa ofreciéndole la mano.

Declan no lo pensó y le devolvió el saludo.

—¡Vaya! —dijo Madi complacida al tocar su mano—. Ya veo lo que ve ella en ti...— añadió dejándolo desconcertado—. ¿Venías buscándola, verdad? —le preguntó.

—Eh... Sí —confirmó él con la sonrisa de un quinceañero que ha sido pillado escribiendo el nombre de una chica en la libreta—, no puedo negarlo.

—No lo hagas —le dijo ella mirándolo con mucha intensidad.

Declan la miró perplejo sin saber muy bien a qué se refería ella.

—No lo niegues. Vas por buen camino con ella—le aclaró como si hubiese podido leerle la mente, y sus dudas.

Declan volvió a sonreír.

—Gracias... supongo...—le dijo él.

—Está sola en casa —le informó la hermana mayor de Bella y la alegría que le proporcionó dicha información se vio reflejada en su rostro de manera inmediata—. Seguro que ella también se alegra de verte.

—Eso espero. Muchas gracias por la información. Encantado de haberte conocido, Madi.

—Igualmente, Declan —se despidió ella y volvió a entrar en la tienda. Él se quedó un segundo allí, sorprendido por aquella inesperada conversación, pero contento de haberla tenido.

No sabía que Bella tuviese una hermana. En realidad, sabía muy poco de ella. Aún ella no le había dado la oportunidad de hacerlo, pero eso era algo que pensaba solucionar muy pronto. Con paso resuelto y energías renovadas, hizo el camino de regreso hasta su casa con la determinación de conseguir que ella aceptase finalmente una cita con él.

Apenas le quedaban diez días en Coopertown, pues si no conseguía convencer al señor Fenimore de que lo relevase en su responsabilidad a cargo de la protección de su hija, en pocos días tendría que volver con ella a Nueva York. La sola idea de que esto sucediese le descomponía el cuerpo, ya no solo por tener que seguir aguantando a la insoportable chica, sino porque sabía que con su marcha, también sería muy difícil seguir conquistando a Bella en la distancia.

Con todos aquellos pensamientos dando vueltas en su cabeza, llegó hasta la entrada de la casa de la señorita De'Marsi y llamó a la puerta, sintiendo latir su corazón de manera acelerada. Tan solo tuvo que esperar un par de

minutos hasta que ella abrió, pero cada uno de los segundos pasó ralentizado como si hubiese sido una eternidad. Por eso, cuando ella apareció finalmente, no pudo describir la alegría que le produjo verla.

—Buenos días, señor Wise. Qué sorpresa verlo por aquí —le dijo ella con una sonrisa.

—No creo que esté tan sorprendida, señorita De'Marsi. Sabe que aguardo una respuesta —le dijo él acercándose un paso a ella—. Te dije que no desistiría —le recordó en un susurro mirándola con intensidad.

—¿Y siempre cumples lo que prometes? —quiso saber ella que no se apartó de la puerta, dejando que sus rostros quedasen a tan solo unos centímetros.

—Siempre...

—¿Entonces vas a seguir insistiendo...? —preguntó ladeando la cabeza. Al hacerlo su cabello castaño cayó en una cascada a un lado y dejó libre la piel de su cuello y hombro.

Declan tragó saliva.

—¿Entonces vas a seguir negándote...? —Fue su turno para preguntar sin dejar de mirar su piel, y como si fuese llamado por una fuerza superior, subió la mano hasta el cuello de ella y acarició con sutileza la aterciopelada piel de su mejilla—. Por favor, Bella, no lo hagas —le dijo en un susurro ronco, afectado por su contacto.

Bella contuvo el aliento y él rodeo su rostro con ambas manos, acercándolo al suyo. Apenas los separaban un par de centímetros y pudo sentir el aliento masculino frente a sus labios impacientes por ser besados.

—¿Qué quieres de mí, Declan? —le preguntó ella sorprendiéndolo.

La primera palabra que cruzó por su mente fue: «todo». Pero hasta a él que lo tenía tan claro, le parecía una locura. Sentirse tan atraído e íntimamente unido a una mujer a la que había conocido hacía apenas unos días, y con la que había podido compartir tan solo un par de, eso sí, mágicos encuentros, era más de lo que cualquier persona cuerda podría imaginar.

—Dame una cita y lo veremos —contestó sin dejar de acariciar la piel de su rostro.

Se perdió en las motas verdosas de sus ojos castaños, en las infinitas pestañas que enmarcaban la mirada más hermosa que él hubiese visto jamás. Bella contuvo el aliento y Declan acarició con su pulgar su labio inferior. Carnoso y provocador, solo pensaba en atraparlo entre sus dientes y lamerlo

con devoción. Estaba a tan solo un par de centímetros de poder hacerlo, pero antes necesitaba una respuesta.

—Vamos, Bella, nos estás matando —le dijo en un tono que rozaba la desesperación.

—Está bien, está bien —aceptó ella finalmente.

La sonrisa de Declan casi no cabía en su rostro. Jamás en la vida había sido tan feliz.

—Hoy —le dijo sin soltarla.

—Hoy no puedo, tengo que preparar muchas cosas, antes de la llegada de mis hermanas.

—Tus hermanas... —dijo él sin apartarse un centímetro de su rostro, mantener la concentración en la conversación estando tan cerca de sus labios era prácticamente imposible.

—Sí, mis hermanas...—confirmó ella.

—Bien, hoy serás de tus hermanas. Mañana... serás mía —sentenció él provocándole una descarga de deseo instantáneo que se alojó en su vientre e hizo palpar cada recóndito lugar de su sexo. Su respiración se aceleró inmediatamente, como si el aire que pudiesen atrapar sus pulmones fuese insuficiente y necesitase más.

Declan no lo soportó más y se apoderó de su boca, dejándose llevar por la necesidad devastadora que ella le provocaba. Y gimió al sentir la forma en la que lo recibía. Abierta y apasionada, desinhibida y entregada. Besarla era como estar en el cielo y bajar a los infiernos a quemarse y consumirse por aquella necesidad primaria de poseerla. De sentirse unido a ella de todas las formas posibles. Sus lenguas jugaron sometidas a una danza desesperada por descubrirse, y en su mente se imaginó lo que sería descubrir el resto de sabores de su piel. Enterrar el rostro entre sus muslos y apoderarse de los pliegues más íntimos de su sexo. El gemido ronco que escapó de sus labios le dejó claro que si no se apartaba de ella, no habría ninguna cita. La tomaría en aquel mismo instante y la haría suya sin importarle nada más.

—Oh... Bella... —suspiró intentando recuperar algo de autocontrol, el suficiente para separarse de ella en ese momento—. Me voy a hacer mil o dos mil flexiones para liberar toda esta... tensión —le dijo mirándose la entrepierna. La erección feroz que contenía su pantalón, decía el resto.

Bella contuvo una pícaro sonrisa en los labios. Declan la vio y sonrió con ella.

—Eres mala...—le dijo apartándose de ella sin dejar de sonreír.

—No se imagina cuánto, señor Wise —contestó sin poder dejar su sonrisa, encantada ante la excitación de él.

—Estoy deseando descubrirlo, señorita De'Marsi. Y no tardaré mucho en hacerlo...

Bella sintió mil mariposas aletear en su vientre. Y lo vio marchar corriendo de vuelta a la casa de Kerry.

Bella pasó el resto del día en una nube. Realizó los preparativos del Sabbat sin ser muy consciente de lo que hacía, por lo que esperaba no haberse saltado ningún paso, aunque no podría asegurarlo. Cuando llegó Mandrágora, después de un largo día de trabajo en la tienda, ella creía tenerlo ya todo dispuesto sobre la isla de la cocina, a pesar de faltar aún varias horas para la celebración. Y ni siquiera sus hermanas menores habían llegado a casa.

Las pequeñas De'Marsi, como ella las llamaba, tenían veinte años y cursaban estudios universitarios en Nueva York, pero durante el año académico, al menos una vez al mes, regresaban a casa para celebrar el Sabbat las cuatro juntas. Aquellos eran sin duda los días preferidos de Bella, que las echaba mucho de menos. Sus hermanas menores fueron una sorpresa que ni Mandrágora ni ella esperaron. El embarazo de su madre las pilló completamente desprevenidas. Ella ya tenía diez años y su hermana mayor dieciséis cuando las pequeñas nacieron. Y cuando su madre murió, ocho años después, Mandrágora asumió el papel de madre de todas, lo que las unió mucho más, a pesar de ser tan distintas unas de otras. Incluso entre las gemelas, que eran la noche y el día.

De las dos, Potentila, o Poti, era la más seria. Bella creía que ya había nacido con la palabra responsabilidad tatuada en la frente. Siempre había sido una niña comedido, tranquila, muy estudiosa y responsable con sus tareas. No en vano era la mejor de su promoción, sacaba las mejores notas, era presidenta de los comités más destacados en la universidad, delegada de curso y su novio era el heredero de una de las familias más importantes de Nueva York, con un futuro brillante por delante. El único problema que tenía Poti es que renegaba de sus poderes. Se había esforzado tanto por tener la vida perfecta, por hacerse un hueco en el mundo humano que la hiciese destacar en la comunidad, que sabía que si algo hacía que las brujas fueran seres volubles era lidiar con sus poderes. El de ella, la visión de otros planos temporales, no era fácil de sobrellevar tampoco. Sobre todo porque su don se veía altamente afectado por su estado de ánimo haciendo que, en los momentos que menos lo esperara, las visiones llegasen hasta ella

ofreciéndole una información que en la mayor parte de las ocasiones no quería conocer. Por lo que sabía, su hermanita se pasaba más tiempo levantando un agotador muro a su alrededor que la mantuviese imperturbable, que disfrutando abiertamente de su don. Que solo dejaba libre cuando estaba en casa. Allí, en el hogar De'Marsi, no solo no podía controlarlo, sino que además Mandrágora, como matriarca del clan, la obligaba a ejercitarlo. Todas las hermanas debían participar de las reuniones y celebraciones de las brujas, especialmente del Sabbat. Y los domingos los dedicaban a hacer distintos trabajos mágicos para la comunidad o ejercicios de magia para fortalecer y conocer sus dones.

Tanto Bella como Mandrágora, una por su desarrollada empatía y la otra por la unión ancestral que la unía a todas ellas, sabían de la encrucijada en la que se sentía y Madi no la obligaba a participar simplemente por imponer su criterio, sino porque sabía que hasta que ella no aceptase abiertamente el uso de su don, de lo que era ella inevitablemente, no sería feliz. No podría serlo. Por eso, tanto Madi como ella la vigilaban constantemente.

El caso de Dulcamara, Duma, era bien distinto. La otra pequeña De'Marsi era fuego puro. Una energía arrebatadora que arrasaba todo a su paso. Todo el control que ejercía su hermana gemela sobre sí misma, era el que le faltaba a ella. Duma era intrépida, visceral, espontánea, con los sentimientos siempre a flor de piel y con un sentimiento de la justicia que la hacía en muchas ocasiones actuar sin pensar con tal de proteger a quien ella considerase que sufría una injusticia. Era muy protectora y tenía un apego casi nulo por el mundo humano. Duma creía que su participación en el mundo humano era una auténtica pérdida de tiempo que no veía necesaria siendo una bruja orgullosa de sus poderes. Duma tenía muchos y variados dones, pero el que más le gustaba ejercitar y del que se jactaba en cuanto tenía la menor ocasión era la transformación de su propio cuerpo y el de los demás en cualquier tipo de animal que se le antojara, aunque tenía predilección por los reptiles. No en vano su espíritu protector era una rana flecha azul, motivo por el que discutía con frecuencia con Poti, ya que el suyo era otro ave, como Madi y su cuervo, salvo que el suyo era una preciosa lechuza llamada Bala, que se sentía fuertemente atraída por el intenso color azul de Pecas, la rana de Duma.

Cada vez que regresaban juntas a casa, las discusiones estaban aseguradas, pero también las risas. Poti y Duma podían pasar horas discutiendo pero no había nadie en el mundo, para ninguna de las dos, más

importante que su otra gemela.

—¿Has puesto menta en el brebaje? —le preguntó Mandrágora entrando en la cocina e interrumpiendo sus pensamientos—. Poti lo prefiere ahora con menta —añadió tomando una cuchara y probando el sabor del preparado que acababa de dejar en una jarra sobre la mesa.

—Sí, he puesto menta, pero no mucha para que no proteste Duma —contestó Bella mirando el reloj de la pared impaciente.

No tuvo que esperar mucho, porque en ese momento oyó cómo la puerta del altillo que llevaba hasta el tejado se abría y Duma comenzaba a bajar las escaleras. Cuando entró en la cocina, seguía atusándose el cabello rojo e indomable.

—¡Hola brujitas! —las saludó con una sonrisa pícaro que dibujaba dos preciosos hoyuelos en sus mejillas. Se acercó a ellas y se fundió en un fuerte abrazo con sus hermanas, rodeando a ambas a la vez.

—¡Hola pequeña! —le dijo Madi.

—Bienvenida a casa —añadió Bella.

—¿Qué tal el vuelo? —le preguntó Mandrágora mientras Bella le llenó el primero de los muchos vasos del cóctel que había preparado para la celebración.

Duma se sentó en uno de los taburetes altos y dio un sorbo al brebaje.

—Mmm... Está bueno, pero le sobra la menta —dijo dando un nuevo trago.

Bella y Madi se miraron con complicidad.

—El vuelo bien, aunque prefiero la escoba.

—No puedes volar con escoba cuando queda luz solar —le recordó Madi.

—Lo sé, por eso no lo hago —expresó su frustración Duma, poniendo los ojos en blanco— pero cada vez que me transformo en uno de esos bichos voladores, termino sacándome mosquitos de la boca —añadió despegándose con asco algo de la lengua.

—Tal vez si no te transformases en murciélago, no te pasaría —se rio Bella.

—O puedes venir en coche, como Poti —la provocó Madi.

—¿Y qué más, abrir la puerta con el pomo?

Bella y Madi se rieron mientras se servían sus vasos de brebaje. En ese momento, la puerta del jardín se abrió y una preciosa Potentila hizo acto de presencia, cargando con su maleta y cerrando la puerta tras ella usando el

pomo.

Duma volvió a poner los ojos en blanco, mientras Madi y Bella iban a su encuentro y la abrazaban.

—¡Te has cortado el pelo! ¡Estás preciosa! —admiró Bella.

Poti tenía un rostro hermoso que la hacía el centro de todas las miradas. Sus facciones eran finas y elegantes, presididas por unos llamativos ojos azules y una sonrisa dulce que la convertía en un imán. Habitualmente llevaba el cabello castaño y ondulado largo hasta la mitad de la espalda, pero las había sorprendido cortárselo y ahora las preciosas ondas le caían enmarcando su rostro hasta debajo de la barbilla. Estaba muy favorecida y parecía más madura y sofisticada.

—Seguro que a tu novio le encanta —dijo Duma aún desde la mesa. En su tono, al referirse a él, siempre se evidenciaba el desagrado que éste le producía.

—Sí, a Derek le gusta todo de mí —contestó Poti con una gran sonrisa satisfecha.

Aquella postura de la perfecta novia del perfecto tipo a Duma le provocaba arcadas, y sacó la lengua en un gesto de asco.

—Tal vez a ti se te cambiaría ese gesto rancio si te echaras un novio por fin —añadió aceptando un vaso de brebaje de manos de Madi.

—Pues lo veo difícil, porque... no me gustan los hombres. De hecho, he empezado a quedar con una chica... —Dejó caer y se ocupó en dar otro sorbo de su vaso.

Bella y Poti la miraron con la boca abierta, estupefactas. Y después a Madi que imitaba a su hermana dando un gran trago.

—Yo ya lo sabía —justificó ella su falta de sorpresa.

Se hizo un gran silencio durante unos segundos, hasta que Madi tomó su vaso y levantándolo hacia el centro dijo:

—¡Por las hermanas De'Marsi y sus extraordinarias formas de amar!

Bella tragó saliva y miró a su hermana mayor que le regaló una sonrisa.

—¡Por nosotras! —dijeron las cuatro al unísono.

Y comenzaron aquella mágica noche entre risas.

El sábado por la mañana, la primera en despertar con medio cuerpo tirado sobre la mesa de la cocina fue Bella. Pero nada más probar a abrir los ojos, la luz que entraba del jardín le acentuó el infernal dolor de cabeza, producto de la gran cantidad de alcohol ingerido la noche anterior. Se la sujetó entre las manos intentando que ésta dejase de darle vueltas, pero no tuvo mucha suerte.

—¡Madre mía! ¿Cuántas jarras no bebimos anoche? —preguntó más para ella que para sus hermanas, que parecían inconscientes en distintos sitios de la cocina.

—No las suficientes, aún me acuerdo del último examen de curso que tengo el lunes —le contestó Duma tirada sobre varias sillas de la mesa en la zona de comedor.

—Bell, ¿haces tú el antídoto? —preguntó Madi con los ojos cerrados, tumbada en un sillón de lectura que tenían junto a la puerta que daba al jardín.

—Sí, yo me ocupo —confirmó ella levantándose y sintiendo inmediatamente cómo toda la habitación daba vueltas y más vueltas.

—Esta vez no pongas menta, parece que he estado masticando chicles —se quejó Duma.

—Es refrescante —comentó Poti— pero yo no voy a tomar, me voy a la cama, tengo la espalda destrozada. Esta mesa está muy dura. —Se levantó y sin abrir los ojos se dirigió a la escalera y subió hasta su habitación.

—Vale, antídoto para tres —dijo Bella y preparó una nueva jarra, esta vez para paliar los efectos de la fiesta nocturna. Colocó los vasos sobre la encimera de la cocina y los llenó del líquido morado que tendría que resucitarlas.

—¿A qué hora tienes tu cita? —le preguntó Madi.

Bella la miró estupefacta.

—¿Tienes una cita? —preguntó Duma tan sorprendida que resultó casi insultante.

Levantó un dedo para protestar, pero finalmente se giró hacia Madi con el

dedo levantado y el ceño fruncido.

—¿Cómo sabes que tengo una cita? —le preguntó.

—El guaperas vino a buscarte ayer a la tienda, imaginé que quería pedirte una cita. Parecía muy decidido —contestó su hermana encogiéndose de hombros.

—¿Fue a buscarme a la tienda? —preguntó Bella con una mezcla adolescente de ilusión y miedo.

—Sí, lo hizo. Está muy interesado, Bell. Le gustas de verdad, y sus energías son... Mmm...

—¿Lo has rastreado? ¡Mandrágora De'Marsi, no tienes límites! —le recriminó.

—¡Solo le di la mano, Bell! ¡Y lo sentí! Es un hombretón, un hombre capaz de hacer levitar a una bruja —dijo riendo y siguió bebiendo.

—¡Oh, vaya! ¿Os he dicho ya que no me gustan los hombres y que esta conversación se está volviendo un poco... demasiado?

Madi volvió a reír de nuevo.

—Me voy a la cama, tengo que descansar un poco para “mi cita” —dijo Bella tras apurar su vaso. Se despidió con la mano y fue hasta su cuarto.

Cinco horas más tarde, Bella despertaba sobre su cama mientras Ruda le lamía el rostro. Poco a poco consiguió que la consciencia volviese hasta ella. Se desperezó relajada, hasta que recordó que tenía que arreglarse para su cita. Se levantó como si le hubiesen pinchado el trasero y fue hasta el baño para darse una ducha que la hiciese sentir de nuevo una mujer. Después estuvo pensando delante del espejo durante un largo rato qué ponerse. Una parte de ella seguía sin creer que de verdad hubiese aceptado quedar con él, pues estaba aterrada. Por nada del mundo quería que le volviesen a romper el corazón. En el amor, cuanto más alto te hacían subir, más gorda era la caída. Y la atracción que sentía por Declan era algo que jamás había sentido antes.

Sin darse tiempo a pensar, finalmente se puso un fino vestido veraniego blanco, que hacía relucir su piel dorada. Lo completó con unas sandalias del mismo color y tras mucho pensarlo, decidió dejarse el pelo suelto y tan solo recogido en un lado con una pequeña pinza con una flor también blanca. Acababa de terminar de vestirse cuando oyó el timbre de la puerta. Bajó los escalones de dos en dos, esperando que ninguna de sus hermanas se le adelantase a abrir. No quería darles tiempo para interrogarlo. Pero cuando

llegó hasta el recibidor, aunque no habían abierto, estaban las tres aguardando que lo hiciese ella para echarle un vistazo.

—¡Sois imposibles! —les dijo.

Las tres se echaron a reír, pero no les prestó atención. Sabiendo que no podía hacer nada por evitarlo, tomó aire un par de veces y abrió la puerta con una sonrisa que quedó congelada en sus labios al encontrarse con el hombre más apuesto que había visto en su vida.

Declan llevaba un pantalón beige y una camisa blanca que lo hacía arrebatadoramente irresistible. Se había afeitado y su imagen pulcra y tremendamente masculina hizo que su corazón se saltara un latido. La sonrisa ladeada y ligeramente embaucadora de sus labios tampoco ayudó mucho a apaciguar el descontrol de sus sentidos. Declan la observó de arriba abajo y su hermosa sonrisa se amplió, satisfecho con lo que veía.

—Hola —lo saludó.

—Buenas tardes, Bella. Estás preciosa —le dijo él en un tono ligeramente ronco.

—Ujum... —Tosieron sus hermanas tras ella.

Bella hizo una mueca y se apartó a un lado para dejarlo pasar.

—Declan, te presento a mis hermanas: Poti, Duma... Y a Madi creo que ya la conoces... —fue presentando mientras este daba la mano a cada una de ellas.

—Sí, tuvimos la oportunidad de conocernos ayer. Encantado —dijo él para todas.

—El gusto es nuestro —dijo Poti satisfecha con las buenas vibraciones que le transmitía el hombre.

—Bueno, será mejor que nos marchemos —dijo Bella queriendo cortar el incómodo momento cuando antes.

Ambos se despidieron de sus hermanas y se marcharon bajo la atenta mirada de las tres brujas que los observaban desde la puerta.

—Lo siento... Tenían curiosidad —se excusó ella en cuanto estuvieron a solas frente a la casa.

—Deben estar más que acostumbradas a que los hombres llamen a tu puerta —le dijo él sin dejar de mirarla de una forma tan intensa que se sentía enrojecer hasta la punta del cabello.

—Te puedo asegurar que no. Hace mucho tiempo que no salgo con un hombre —contestó Bella evitando su mirada.

—Estoy deseando saber los motivos por los que he tenido tanta suerte entonces...

—Ellos no fingieron que se ahogaban para conseguir un beso —contestó ella con una sonrisa coqueta.

Declan ante su gesto sintió inmediatamente arder las zonas más inconvenientes de su anatomía. Respiró con profundidad una par de veces. Iba a ser difícil conocerla si cada vez que le sonreía, quería arrancarle la ropa, pero tenía que contenerse. Finalmente, haciendo un ejercicio sobrehumano de autocontrol, le ofreció su brazo para que ella lo cogiese y la guió hasta su Audi A8 W12.

—Espero que te guste la sorpresa que te he preparado, aún no conozco bien tus gustos...

—¿Qué ha planeado, señor Wise? —preguntó Bella llegando hasta su coche, un lujoso vehículo negro que no había visto antes. Declan le abrió la puerta y la invitó a pasar.

—Ahora lo verás... —fue su única respuesta.

Bella entró en el coche, envuelta en una mezcla de nerviosismo y excitación que la tenía impaciente por descubrir que habría organizado. Echó un vistazo aprovechando que rodeaba el vehículo para entrar y se sorprendió de lo limpio, aún más, impoluto que estaba el coche.

—¿A qué te dedicas? —le preguntó nada más entrar él y tomar asiento.

Ella no sabía mucho de coches, ni siquiera tenía uno. Pero era evidente que ese era un modelo caro. De repente le inquietó lo poco sabían el uno del otro. Había estado tan desconcertada por las cosas que le hacía sentir, que no se había preguntado nada más.

—Me dedico a proteger gente —contestó Declan mientras arrancaba el potente motor del vehículo—. Conmigo estás segura —afirmó con otra de sus devastadoras sonrisas, y el calor se apoderó de su sexo de manera inmediata.

Bella pensó que segura era lo último que se sentía. Con él corría el mayor de los peligros que podía imaginar.

—Cuando dejé los marines, mis habilidades especiales me hacían un buen candidato para este tipo de trabajo, que además, me apasiona. No tuve mucho que pensar.

—Pones en riesgo tu vida para proteger la de los demás... —dijo ella fascinada. De todas las cosas que podía haberle dicho que hacía, aquella era la que menos esperaba y la que más fascinada podía dejarla. Pero

inmediatamente fue consciente de los riesgos que corría él a diario en su trabajo, y eso le inquietó. La preocupación se reflejó en su rostro.

—Alguien tiene que hacerlo —apuntó Declan en tono ligero al darse cuenta, como quitándole importancia —, mejor que sea alguien que sepa lo que hace.

Bella guardó silencio sin poder hacer desaparecer su gesto preocupado. Él, que la observaba todo lo que la carretera le permitía hacerlo, la vio contener el aliento y quiso cambiar de tema.

—¿Y tú, siempre quisiste tener una tienda de...?

—... remedios —terminó ella por él.

—Remedios —repitió — ¿Era lo que deseabas desde niña?

Bella lo pensó un momento y se dio cuenta de que nunca había analizado ese aspecto de su vida.

—La verdad es que todo pasó de la manera más natural. Esa tienda ha sido de las mujeres de mi familia desde 1876. Siempre vi a mi abuela y a mi madre tras el mostrador. Y si algo tuve claro desde niña era que quería ayudar a los demás. Seguir con la tradición familiar fue el paso más natural para mí.

—Te entiendo, a veces parece que el destino dirige nuestros pasos justo hasta donde debemos estar, aunque nosotros aún no sepamos qué es lo mejor para nosotros.

Bella se pasó una mano por el pelo, nerviosa.

—¿Crees que el destino te trajo hasta Coopertown? —preguntó Bella en tono bajo.

—No me preguntes por qué, pero creo que el destino me trajo hasta ti...

El corazón de Bella comenzó a latir de manera desenfrenada, casi parecía que se le fuese a escapar del pecho dolorosamente.

—¿Hasta mí...? — Consiguió que la pregunta se formulara en sus labios.

—Sí..., hasta ti.

—¿Cómo puedes decir eso? No me conoces —le contestó ella sin querer creerle.

Declan detuvo el coche, fue entonces cuando Bella se dio cuenta de que se habían estado dirigiendo al puerto. Pero entonces dejó de preguntarse por qué la habría llevado él allí, porque antes de darse cuenta de sus intenciones, lo sintió acercar una mano a su rostro y acariciarle la mejilla con ternura.

—Sé que apenas nos conocemos y que todo ha sido muy rápido, pero la primera vez que te vi sentí algo totalmente nuevo para mí, y te puedo

asegurar, Bella, que no soy ningún novato en cuanto a mujeres.

El corazón de Bella se detuvo en seco.

—Y al besarte... Bueno, cuando te beso... sé que estoy donde siempre he querido estar. Estoy deseando saber todos los secretos que escondes, pero la verdad es que no necesito saber nada más para estar seguro de que esto es lo que quiero.

La cabeza ahora le daba vueltas. El espacio del amplio coche se le antojó diminuto y el oxígeno de su interior insuficiente. «¿Dónde están los hombres con miedo a las relaciones?», se preguntó. ¿Cómo podía él tenerlo tan claro? ¿Qué pensaría si supiese que era una bruja? Había sido un error. Aceptar aquella cita había sido un error...

Declan vio en su expresión que la había asustado. De repente, ella parecía aterrorizada y temió que se echase para atrás y quisiese marcharse.

—Vamos a hacer una cosa, estoy seguro que de no quieres perderte lo que he preparado para esta cita. ¿Por qué no disfrutamos de ella, ya que estamos aquí, y cuando te lleve de vuelta a tu casa me dices si quieres una segunda y permitirme que te siga conociendo o no...?

Bella dudó unos segundos. Él había dejado de acariciarla y parecía haber retrocedido para darle algo de espacio. Una parte de ella quería protestar por su repentina distancia, pero otra, agradeció su gesto para darle algo más de tiempo. Finalmente miró hacia el puerto y después al hombre que la había llevado hasta él y reconoció que se moría por saber qué habría tramado para la cita. Por lo que le brindó una sonrisa y le dijo:

—Está bien, vamos a ver si eres capaz de sorprenderme —le dijo ella abriendo ya la puerta.

Declan, con una sonrisa que casi no le cabía en el rostro, salió del vehículo y fue hacia ella dispuesto a hacer que aquella cita fuera memorable.

Kara Fenimore bajaba del yate que su padre tenía en el amarre del puerto cuando divisó en la zona del aparcamiento el que creyó que era el coche de Declan. Preguntándose qué haría él allí, se apresuró a acercarse para verlo mejor. Había pasado el día en el yate tomando el sol, aburrida. En aquel asqueroso y patético pueblo no había mucho que hacer, y aquellas dos semanas ni siquiera tenía el entretenimiento de mortificar al macizo de su guardaespaldas, al que su padre había dado vacaciones. Esperaba que al menos la bruja hubiese hecho su trabajo y estuviese pagando de alguna manera el haberla rechazado. Pero cuando vio que Declan ayudaba a salir de su vehículo a la misma bruja a la que había encargado hacerse cargo de su venganza y que éste la obsequiaba con una cándida mirada, sintió cómo la sangre comenzó a bullirle en las venas.

¿Qué hacía él con aquella bruja? ¿Por qué la miraba embelesado, posaba una mano en su cintura y la guiaba a uno de los barcos de paseo turístico del puerto? Se acercó más a la zona de amarre de dicho barco, pero desde allí solo pudo ver que eran los únicos pasajeros del barco. Y entonces la bruja se apoyó en la barandilla acristalada de la cubierta y él, tras ella, apartó su cabello a un lado y la besó en el hombro.

¡No podía ser! ¿Estaba besando a aquella bruja? ¿La había rechazado a ella, Kara Fenimore, y estaba con aquella patética bruja a la que le había costado tan poco engañar? ¿Quién se pensaba él que era? Estaba furiosa, tan furiosa que lo haría arrepentirse de haber elegido estar con esa estúpida mujer en lugar de con ella. Y ella... Ella tendría que pagar también las consecuencias de haberse acercado al hombre en el que ella había puesto la mira.

Sin querer presenciar un minuto más la escena, se marchó de allí con paso resuelto, cogió su coche y fue directamente a casa. Tenía un par de cosas que hacer para asegurarse de que ambos pagaban por aquello, y no iba a perder el tiempo.

Dos horas más tarde, Bella tenía que reconocer que estaba disfrutando

muchísimo de la compañía de Declan, tanto que no le apetecía en absoluto que la cita acabase. Él no había hecho otra cosa más que sorprenderla desde que llegaron al puerto. Lo primero había sido descubrir que había alquilado para ellos solos el *Glimmerglass Queen*, el barco turístico del puerto usado para recorrer el lago Otsego. Aquel barco tenía la particularidad de tener las paredes acristaladas, dando la sensación de que se flotaba sobre el agua. Siempre le había gustado, y saber que él lo había elegido para que ambos pudiesen disfrutar de su cita, la emocionó. Pero cuando subieron a la parte superior y vio que no solo lo había alquilado para ambos, sino que allí había dispuesta una preciosa mesa vestida para una romántica cena, supo que aquella cita iba a ser única.

Él era único.

Y a ella la hizo sentir especial en todo momento. Fue caballeroso, atento, y no dejó que la conversación decayese en ningún momento. Declan tenía sentido del humor, y su mente rápida le parecía muy excitante. No se dejaba amilantar y siempre tenía una respuesta para cualquiera de sus comentarios. También le había contado muchas cosas de su vida, de su padre, que era su única familia, y de cómo siguió sus pasos al alistarse en el ejército y convertirse en marine. Descubrió que aquel hombre fuerte de carácter decidido compartía muchas aficiones con ella, como su amor por la naturaleza, el senderismo, el agua, los deportes y que cada año corría la maratón de Nueva York, tal y como quería hacer ella. Pero además de contarle muchas cosas sobre él, también se interesó por ella, por la relación que tenía con sus hermanas, por saber cómo era cada una, y por lo mucho que significaba para ella su labor de ayudar a los demás.

Había conseguido realmente que se relajase y que durante aquellas horas no parase de reír e imaginar que se lanzaba sobre él y devoraba sus preciosos y firmes labios de sonrisas embaucadoras. Porque además, salvo un pequeño beso en el hombro que le dio al llegar al barco y que consiguió que se consumiese de placer, no había vuelto a besarla. Y la necesidad de que lo hiciese la estaba volviendo loca.

Por eso, cuando varias horas más tarde él la llevó de vuelta a casa, acompañándola hasta la puerta, no pudo resistirlo por más tiempo y recibió su beso de buenas noches con toda el ansia y desesperación que la estaban consumiendo.

Declan comenzó aquel beso queriendo que fuese un delicioso pero inofensivo beso de buenas noches que culminase una cita perfecta y mágica. Había disfrutado como hacía años que no lo hacía con una mujer. Bella era sencillamente deliciosa. Le había costado horrores no lanzarse sobre ella y hacerla suya en el barco, pero después de ver sus dudas en el coche, al llegar al embarcadero, no quería arriesgarse precipitándose y perderla antes de haberla conseguido. Dos de las cualidades necesarias para su trabajo eran la paciencia y la prudencia, sabiendo encontrar el momento adecuado para actuar, pero tenía que reconocer que en todos sus años de servicio jamás le había costado tanto mantener el control. La deseaba, la deseaba tanto que estaba a punto de volverse loco. Pero el temor a perderla era suficiente para disuadirlo y hacerle esperar a que estuviese preparada.

Aunque sentirla entre sus brazos, entregada a su beso, abriendo los labios para él, ofreciéndole su lengua suave y deliciosa, hacía estallar por completo todos los buenos propósitos que le había costado tanto decidir mantener. Le tomó el rostro entre las manos y apoyó la frente contra la suya, tomando aire y esperando que separarse de sus labios le devolviese algo de cordura. Pero saberla tan próxima, compartiendo su aliento entrecortado con él, no hacía que fuese nada fácil.

—Tenía que haberte dejado secuestrada en el barco —le dijo con voz ronca frente a su boca.

Bella sonrió sin poder evitar sentir las miles de mariposas que tenía en el estómago.

—Pensaba que tú eras el que salvaba a la chica en apuros...

—Sí, yo también lo pensaba... Pero salvarte es lo que menos me apetece en este momento —confesó mientras miraba sus labios, hambriento de mucho más. Acarició con el pulgar su labio inferior y gimió al sentir la erección que crecía bajo su pantalón —Vale... No puedo, si te sigo tocando no podré parar... —dijo levantando las manos en gesto de rendición y separándose un par de pasos de ella.

Bella lo observó, estaba tan afectado como ella. Su pecho subía y bajaba como si viniese de correr una maratón. Y la visión de su abultada entrepierna era más que reveladora. Estaba encantada de que fuese así, pero tenía que dejarlo marchar.

—Gracias por esta cita...

—Mágica —terminó él por ella. Y Bella sonrió ante el término que había

elegido para describirla. Ciertamente así la había sentido ella.

Bella asintió con una sonrisa. Y dio un paso hacia la puerta de la casa.

—Sé que mañana estás ocupada con tus hermanas, pero me gustaría volver a verte el lunes. Así que... ¿Me concede una segunda cita, señorita De'Marsi? —le preguntó antes de que ella se marchase.

Bella volvió a asentir sin pensarlo.

—El lunes, cuando salga de la tienda...

—Perfecto —le dijo él con una gran sonrisa. Y lo vio marchar a la casa de Kerry con paso decidido.

—Kara, ¿A qué viene esto ahora? ¡Estoy cansado de tus niñerías! —dijo William Fenimore a su hija al escuchar que ésta quería marcharse de vuelta a Nueva York al día siguiente.

—¡No es una tontería! ¡No soporto este pueblo cutre y perdido del mundo! ¡Quiero volver a Nueva York!

—No vas a hacerlo, Kara. Allí llevas la vida que quieres, acepté que vivieses en Nueva York con la condición de que cumplieses con tus compromisos con la familia. Y estas son unas fechas importantes para nosotros. Tenemos la comida de empresarios y tu madre ha organizado la cena benéfica en la biblioteca, y tienes que acudir —le dijo con tono tajante—. Además, el señor Wise sigue de vacaciones y no vas a volver a Nueva York sin protección.

—¡Pues que deje sus malditas vacaciones y cumpla con su trabajo, que es ocuparse de mí!

—¡Kara! No es tu maldita niñera —le hizo notar su padre mientras daba un trago a su vaso de wishky.

—No voy a quedarme aquí. No me interesa ni la cena de empresarios ni esa maldita cena benéfica. ¡Me voy, y él tendrá que venir conmigo! —contestó ella no queriendo aceptar las órdenes de su padre.

William se levantó de su sillón y miró a su hija con una intensidad que hizo que ésta, poco acostumbrada a recibir negativas, tragara saliva.

—Solo te lo voy a decir una vez, así que espero que lo entiendas a la primera. Vas a quedarte aquí estas semanas. Vas a participar en los eventos organizados por esta familia y te vas a comportar como una Fenimore en todo momento, si es que quieres que siga manteniendo ese ritmo de vida al que estás acostumbrada, ¿has entendido?

Kara se dio cuenta de que su padre no bromeaba, le estaba dando un ultimátum. O cumplía o dejaba de pagar sus facturas y subvencionar sus caprichos. Y no tuvo duda de que pensaba cumplir su amenaza si ella no hacía lo que le ordenaba. Resopló. Se conformaría, pero tenía que encontrar otra manera de separar a Declan de la bruja.

—Está bien —dijo apretando los dientes.

Y se marchó de allí con los puños apretados pensando en su siguiente paso para conseguirlo.

—¿Te ves viviendo en este pueblo cuando termines la universidad? — preguntó Poti a Duma mientras caminaban por Main Street.

Acababan de salir de la tienda en dirección a la casa de Priscila. Bella las había enviado a entregar a la vecina el talismán protector que su hermana había preparado para su bebé. Duma la miró sorprendida un segundo y después se encogió de hombros.

—No lo sé, la verdad es que no he pensado mucho en ello. Me gusta el pueblo, es nuestra casa, pero antes de decidirme a establecerme aquí, tendría que viajar un poco. Quiero acompañar a Madi en algunos de sus viajes e introducirme más en las historias de los clanes.

Poti resopló.

—Imagino que tú querrás quedarte en Nueva York... con tu novio — Añadió con una mueca.

—¿Por qué tienes que poner siempre esa cara cuando hablas de él? ¡No lo entiendo!

—Porque no me gusta —le dijo ella que lo veía más que evidente.

—Pero, ¿por qué no te gusta? ¿Por él, o porque sale conmigo? —quiso saber Poti.

Aunque intentaba aparentar que le daba igual la opinión de Duma, la verdad era que no era así. De todas las personas que podrían criticar su relación, la opinión de Duma era la que más contaba para ella, y le molestaba que su gemela no hubiese dado la más mínima oportunidad a Derek. Por eso no le había dicho que éste le había pedido que se comprometieran. En realidad no se lo había dicho ni a ella, ni a nadie. Aunque por la forma en la que Madi la miraba a veces, pensaba que tenía sus sospechas, pero su hermana mayor no le había comentado nada, aún.

—¿Qué más te da lo que yo piense de él? Si estás realmente enamorada de ese patán, snob y estirado, es cosa tuya.

—¿Patán, snob y estirado? ¡Madre mía, Duma! ¡No lo conoces! ¡Me hace feliz! —protestó Poti enfadada.

—¡Qué te va a hacer feliz! ¡No te hace feliz en absoluto si para estar con

él tienes que negar lo que eres! Es que no eres la misma persona, cuando te veo caminar con él por la universidad parece que te han metido un palo de fregona por el culo de lo estirada que vas —le contestó su hermana haciendo grandes aspavientos.

—¡Oh, Dios mío! ¡No puedo creer que hayas dicho eso!... —comenzó a quejarse Poti, pero se interrumpió al escuchar los cuchicheos de un grupo de chicas sentadas en un banco que acababan de pasar.

—Ahí van esas brujas... —murmuraba una—. Kelly me contó que a su hermana Cinthya, le dijo Amy, la amiga de Kara, que ella le había contado que se dedican a hacer trabajos de brujería a los hombres del pueblo para luego robárselos a sus novias y esposas...

—¡Menudas golfas! —añadió otra—. ¡No me extraña que las quemaran en la hoguera!

Duma oyó los comentarios e inmediatamente sintió cómo la sangre comenzaba a calentársele en las venas, pero su enfado no llegó a límites incontrolables hasta que vio la cara de descomposición de Poti, cuyas lágrimas estaban a punto de aflorar por sus mejillas, sin control. Sin pensárselo dos veces se fue hasta las chicas, que cuando la vieron acercarse se quedaron mudas de repente.

—Yo de vosotras... gusanas, rastreras... perras asquerosas... dejaría de hablar de esa forma de nosotras, o me veré obligada a convertir a más de una en un precioso conejito peludo con el que después me haré unas pantuflas. Así tendré el gusto de veros cada día arrastradas por el suelo a mis pies —les dijo furiosa.

Las chicas se quedaron petrificadas, asustadas y pálidas, sin reaccionar. Ante su cara de pavor, Duma no puso hacer otra cosa más que comenzar a reírse de la forma más estridente que pudo.

—¡Seréis patéticas! —Y se fue de allí, riendo sin parar.

Poti la siguió y aunque su primera intención fue la de recriminarle su actuación, lo cierto es que una parte de ella se había divertido y terminó por seguirla en las risas.

Belladona estaba reorganizando el escaparate de la tienda. Solía hacerlo todos los domingos y ese en concreto se sentía especialmente inspirada. De hecho, desde que se levantó aquella mañana, sentía una energía y fuerza arrolladoras. No recordaba haberse sentido así en años. Parecía que se fuese a

comer el mundo.

—Vas a desgastar el cristal, ya está más que reluciente —le dijo Kerry a su espalda, que estaba ayudándola a organizar unos sobres de hierbas.

—¡Ups! No me he dado cuenta. No sé en qué estaría pensando —contestó con una sonrisa.

—Pues yo sí lo sé. Ayer no podía dormir, me acerqué a la ventana para abrirla porque tenía calor y, ¿adivinas qué vi? ¡A una de mis vecinas dándose el lote con uno de mis huéspedes! —le dijo su amiga.

—¡Vaya! ¡Qué cosas más raras ves tú por la noche! Estarías alucinando...

—No, si alucinada sí me quedé...

—Eso te pasa por cotillear como las viejas chismosas —le contestó Bella lanzándole el trapo—. Y tú, ¿no tienes nada que contar? —la instó a que se confesara.

Bella sabía por Francis que Edward había comenzado a ir a tomar el té cada tarde con su amiga.

—No hay mucho que decir... —dijo Kerry con una sonrisa enigmática

—¡Oh, vamos! ¿Te vas a hacer la difícil? Esto es lo último que esperaba de ti —añadió ella riendo. Pero de repente la sonrisa se le congeló en los labios.

Al otro lado de la calle, vio a la chica que unos días antes entró en la tienda con un ojo morado. Seguía llevando las mismas gafas, por lo que imaginó que su ojo aún no estaría bien. Inmediatamente, se sintió mal. Se había comprometido con ella a ayudarla y apenas había prestado atención a su trabajo un par de veces.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Kerry que la vio callar de repente.

—Mm... Nada, acabo de recordar que he olvidado hacer una cosa dentro. Ahora salgo.

Bella fue hasta el almacén y sacó el muñeco vudú de su bolso. Pensó en cuál podía ser el siguiente castigo a sufrir por aquel tipo. Tomó su caja de alfileres y dudó entre varias de las opciones que tenía. Fue moviendo el alfiler de arriba abajo dudando entre la cabeza y los genitales, y tras unos minutos, finalmente dijo con voz firme: «*capillus delapsus sum*», mientras introducía el alfiler en la cabeza del muñeco.

De manera inmediata, la sensación de abatimiento de la que creía haberse librado volvió a ella. Respiró con profundidad un par de veces, e introduciendo el muñeco de nuevo en su mochila salió de vuelta a la tienda,

deseando terminar las tareas de aquel día para irse a casa a descansar. Al menos, la tarde la tenía libre. Sus tres hermanas salían de viaje. Poti y Duma volvían a la universidad a cumplir con los últimos días de clases, y Madi salía un par de días por un asunto urgente que le había surgido en relación al clan vecino de brujas, por lo que pasarían juntas la tarde, despidiéndose.

En ese momento aparecieron por la puerta las pequeñas De'Marsi riendo descontroladas. Bella las miró sorprendida de que no lo hubiesen hecho discutiendo.

—¿Qué me estoy perdiendo? —les preguntó.

Las dos la miraron y de repente dejaron de reír, sabían que a Bella no le haría gracia la reacción que Duma había tenido ante los comentarios de las chicas.

—Nada, no es nada —dijo Poti siendo la primera en contestar.

Bella las miró con los ojos entornados.

—No creo una palabra —insistió.

—La culpa no es nuestra —comenzó a defenderse Duma—. Esas chicas dijeron que hechizábamos a sus maridos y novios para luego robárselos...

—Y que no les extrañaba que antes quemaran a las brujas en la hoguera —añadió Poti.

—¡Dios mío! ¡Qué horror! —dijo Kerry sobrecogida—. ¿Por qué habrán dicho algo así? —preguntó.

—De vez en cuando alguien sale con una historia como esta para hacernos daño. No hay que prestarles atención, en unos días todos lo habrán olvidado —dijo Bella esperando que así fuera de veras—. ¿Qué habéis hecho vosotras? —preguntó a sus hermanas intuyendo que la cosa no habría quedado así.

—No mucho, solo las he iluminado sobre la clase de suerte que podrían correr si seguían contando esas cosas... —dijo Duma sin dar importancia a su comentario.

Bella puso los ojos en blanco.

—¡Duma!

—¿Qué querías que hiciera? ¡Poti estaba a punto de llorar! Ahora se lo pensarán dos veces.

Bella resopló y supo que las cosas podrían complicarse. Pero ahora solo le quedaba... Esperar.

El lunes por la mañana, Declan se levantó después de haber dormido casi catorce horas del tirón. Hacía mucho tiempo que no dormía de esa manera, pero el domingo por la mañana salió a hacer deporte y se había machacado tanto que finalmente, tras comer, terminó roto y tirado sobre la cama. Para un hombre tan activo como él, estar de vacaciones tantos días no era nada bueno. Necesitaba actividad, y no pudiendo quedar con Bella, que era lo que realmente le apetecía, solo había otra cosa que podía hacer y era soltar adrenalina con actividad física, o dormir. Y había hecho ambas cosas. Ahora, totalmente relajado, solo contaba las horas para que Bella cerrase la tienda y poder estar de nuevo con ella. Tenía que preparar otra cita especial y pensaba concentrar todos sus esfuerzos en que así fuese.

Se levantó de la cama completamente relajado y fue derecho al baño, se desnudó y se metió en la ducha nada más abrir el grifo, con el agua aún fría. Se echó un poco de champú en la mano y comenzó a frotarse la cabeza, cuando notó que algo extraño estaba pasando. «¿Qué demonios...?», pensó, al sentir que el pelo se le caía. Al mirarse las manos, advirtió que gran cantidad de él estaba ahora entre sus dedos en lugar de en su cabeza. Con horror se miró las manos, las puso bajo el chorro de agua y se las limpió, volvió a pasarlas por su pelo y otro montón de cabello corrió la misma suerte. ¿¡Se le estaba cayendo el pelo!? ¿Pero qué era lo que le estaba pasando? Ya no entendía nada. Primero se le durmió la lengua, después los vómitos de agua, ¿y ahora se le caía el pelo? Estaba mucho peor de lo que pensaba. Había oído que había gente a la que se le caía el cabello por estrés, pero... ¿de la noche a la mañana? Salió de la ducha inmediatamente, se miró en el espejo del baño y vio con estupor que ya había algunas zonas por las que empezaba a clarear. «¡Mierda!» pensó. Hacía mucho tiempo que no tenía que raparse la cabeza y el día de su cita con Bella, no le parecía el mejor momento para hacerlo, pero no le quedaba otra opción. Lo que no iba a hacer era presentarse con aquellas pintas. Con la decisión ya tomada, sacó de su neceser la máquina cortapelo y, tras suspirar un par de veces viendo el fiasco

de su cabeza, la pasó por toda la superficie dejándoselo al cero.

Bella, en la tienda, llevaba casi toda la mañana sin parar. Había sido una mañana ajetreada, pero más por la gente que se había acercado a su local a compartir con ella los cotilleos que corrían sobre las hermanas De'Marsi, que por la necesidad de que los ayudase. Odiaba cuando esto pasaba. Afortunadamente, no era muy a menudo. Normalmente el chisme permanecía unos días en boca de todos, pero terminaba por desaparecer. La mayor parte de la gente de ese pueblo las apreciaba y quería. Pero siempre era molesto ver la facilidad con la que las cosas volvían a repetirse una y otra vez. Por lo menos, daba gracias de que sus hermanas se hubiesen marchado ya. No le gustaba tenerlas lejos, pero sabiendo la reacción que habían tenido el día anterior, dudaba mucho que su presencia en el pueblo hubiese facilitado que se calmasen los ánimos. Solo esperaba que cuando ellas regresasen, unos días más tarde, tras finalizar las clases, las cosas hubiesen vuelto a su cauce normal.

Rezando para que así fuese, aprovechó que tenía un momento de tranquilidad para terminar de colocar en el escaparate algunos libros sobre remedios caseros que le habían llegado esa mañana. Al asomarse al cristal, se dio cuenta sorprendida de que el cielo se estaba nublando, cubriéndose por un manto espeso de nubes grises. Se avecinaba una de las múltiples tormentas de verano que se daban en aquella ciudad. Resopló, y estaba a punto volver al mostrador, cuando vio de nuevo a la chica de las gafas. Primero la vio de espaldas, pero la reconoció inmediatamente por la postura y su forma de andar elegante, y al girarse se quedó muy sorprendida. Su ojo estaba completamente recuperado. Sabía que el ungüento que le había dado era muy efectivo, pero era un auténtico milagro que su herida hubiese desaparecido por completo.

Fascinada con su pronta recuperación, no se dio cuenta de que acababa de llegar Francis a la tienda, hasta que comenzó a hacerle gestos y señales desde fuera del escaparate. Le puso boca de pez y ojos de sapo, y Bella comenzó a reírse con la ocurrencia.

—¡Holaaa! —la saludó la chica entrando finalmente en la tienda.

—¡Hola, loquita! —le devolvió el saludo con un beso.

—¿Qué mirabas tan concentrada? —le preguntó Francis observando ella también al otro lado de la calle mientras buscaba qué podría estar

interesándole tanto.

Bella no le contestó, pues seguía viendo atónita como la chica comenzaba a bajar la calle.

—¿A Kara Fenimore? —quiso saber, viendo cómo Bella la seguía con la mirada.

—¿Esa es Kara Fenimore? —preguntó sorprendida.

—Sí, es ella. Lleva aquí una semana. Ha venido para la gala benéfica que organiza su madre en la biblioteca. Y mientras se pasea por ahí como un pavo real.

—¡Francis! No hables así. No sabemos nada de la vida de esa chica —la reprendió—. No hay que hablar de los demás, fíjate en todas las cosas que están diciendo ahora de nosotras...

Francis torció el gesto en una mueca arrepentida.

—Lo siento, es que nunca me ha gustado esa chica.

Bella suspiró. La verdad es que cuando Kara era pequeña tampoco a ella le gustaba mucho. Pero hacía tanto tiempo que no la veía, que había sido incapaz de reconocerla cuando entró en su tienda días atrás. Los Fenimore no se relacionaban mucho con la gente del pueblo, a no ser que fueras alguien influyente. Y mucho menos con ellas. Por eso le sorprendía tanto que aquella chica hubiese ido hasta su tienda en busca de ayuda.

—¿Sabes que mi madre salió anoche con Edward? —le preguntó Francis de repente, distrayéndola de sus pensamientos.

—No, no lo sabía. Espero que lo pasaran bien —dijo Bella volviendo tras el mostrador.

—Pues yo no. ¿Puedes hacer algo para que rompan?

Bella parpadeó un par de veces.

—¡Señorita Francis Lawford! ¿Qué demonios te pasa? ¿Por qué quieres que tu madre rompa con Edward? —le preguntó sorprendida.

—Porque no quiero que le haga daño. Mi madre estaba bien antes de que él llegara. Estaba feliz y contenta...

—¿Y acaso no lo está más ahora?

—Sí... Eso parece... Pero tú siempre dices que el amor es un gran error y que cuanto más se enamora uno, y más feliz se siente, más grande es después la caída...

Bella se quedó de piedra al escucharla.

—¿Y qué pasará cuando él le rompa y el corazón y yo esté en la

universidad? ¿Quién cuidará de ella?

Bella sintió una gran losa oprimirle el pecho. Francis estaba aterrorizada. Temía por su madre, pensando que le iban a romper el corazón, y todo por hacer caso de las cosas que le había escuchado a ella decir sobre el amor durante todos aquellos años. Fue hasta la chica y le rodeó el rostro con las manos suspirando con fuerza.

—¡Oh, pequeña! No me había dado cuenta del daño que te estaba haciendo...

—Tú no me has hecho ningún daño, siempre has intentado protegerme —le contestó Francis sin entender.

—Me temo que ha sido mucho más que eso... Ven, siéntate aquí conmigo —la instó a tomar asiento junto a ella en las sillas de fuera del mostrador.

Francis la siguió y se sentó junto a ella sin entender.

—Francis, es cierto que a veces el amor sale mal y puedes resultar herida de una relación, pero no siempre es así —le dijo posando una mano sobre las suyas—. No puedes dejar de vivir por miedo a fracasar. Es igual que el tema de la universidad que tantas veces hemos hablado. La vida es una apuesta constante que tenemos que afrontar con determinación. A veces se pierde, pero eso solo tiene que hacernos más fuertes para seguir adelante. Aprendemos y nos levantamos. Y cuando sale bien... —dijo pensando de manera inconsciente en Declan, y en sus labios se dibujó una sonrisa—... cuando sale bien, es maravilloso. Y los recuerdos que atesoras, serán los mejores de tu vida.

Francis la miró sorprendida.

—Cielo, tienes que vivir y enamorarte, y arriesgar, y a veces llorarás, pero muchas otras reirás de felicidad, siempre que luches por lo que quieres. Si pasas la vida con miedo, solo tendrás eso, miedo. ¡Y las brujas no tenemos miedo! —le dijo levantando la barbilla con una sonrisa.

Francis sonrió también y sus preciosos ojos azules brillaron de una forma maravillosa.

—Vamos, vete a correr algunos riesgos. Aún estás a tiempo de hacer que este verano sea inolvidable —le dijo a la chica mientras se levantaba de la silla. Francis obedeció e hizo lo mismo, pero antes de salir por la puerta, vio que Bella tomaba su mochila y las llaves de la tienda.

—¿Y tú que vas a hacer? —le preguntó sorprendida.

—Apostar, voy a apostar por mi felicidad —le contestó ella con una

sonrisa, saliendo a la calle tras ella.

Cerró la tienda y subió a su bicicleta cuando las primeras y templadas gotas de lluvia comenzaban a caer sobre el asfalto. Levantó el rostro hacia el cielo y dejó que algunas de aquellas gotas cayesen sobre su rostro. Cerró los ojos y aspiró con una sonrisa. «Huele a vida», pensó y sin borrar la sonrisa de sus labios, se fue pedaleando.

Declan salió al porche de la casa-hostal de Kerry con una taza de café en las manos, justo en el momento en el que las primeras gotas de aquella tormenta de verano comenzaban a caer. Le sorprendió que, al cabo de unos minutos, la intensidad de la lluvia ya era considerable. Como salidas de la nada, aquellas oscuras nubes habían cubierto el cielo con un manto espeso, echando por tierra todos los planes se le habían ocurrido para su cita con Bella.

Estaba pensando en cómo poder solucionar aquella inconveniente situación cuando le pareció verla llegar por la carretera en la bicicleta, completamente empapada bajo aquella lluvia torrencial. Sin pensárselo dos veces, dejó la taza sobre la mesa y salió al jardín a su encuentro, pensando que algo grave debía pasar. Pero cuando Bella lo vio, bajó de la bicicleta a pocos metros y corrió hacia él sobre la hierba mojada. Lo siguiente que sintió Declan fueron los brazos de aquella hermosa mujer rodeándole el cuello mientras sus labios hambrientos lo devoraban con ansia. Tardó solo un segundo en dejar la sorpresa a un lado y abrazarla con fuerza pegándola a su cuerpo, para devolverle aquel beso devastador.

Bella besó a Declan dejándose llevar por todo el deseo y pasión contenidos desde que lo vio por primera vez. Su cuerpo reaccionó de manera inmediata a su contacto, haciendo despertar abruptamente todos sus sentidos. No fue consciente de otra cosa que no fuese el sabor de su boca, de su lengua acariciándola íntimamente. La mantenía abrazada con fuerza hasta parecer que sus corazones desbocados latían juntos en aquella carrera desenfrenada. Nunca se había sentido tan feliz, tan exultante, tan viva y río frente a sus labios. Declan le devolvió la sonrisa y, tomando su rostro entre las manos, la miró fascinado. No sabía lo que había pasado, pero daba gracias al cielo de tenerla entre sus brazos. Miró sus labios carnosos y provocadores y tras besarlos de nuevo, se apoderó de su labio inferior con los dientes. Bella gimió contra su boca, entregada, deseosa de que él continuase, y la feroz erección de su entrepierna pareció a punto de hacerle reventar los pantalones.

—Te deseo, Bella. Te deseo tanto...

Bella sonrió de nuevo y en sus ojos pudo leer millones de anhelos hasta ese momento contenidos. Lo tomó de la mano y siguiéndola fueron corriendo hasta su casa. No tardaron en estar dentro, devorándose de nuevo como locos. Bella llegó hasta el primer escalón que conducía a la planta superior y ante su atónita y fascinada mirada se sacó por la cabeza la blusa blanca que llevaba, totalmente empapada, regalándole la visión espectacular de sus pechos rebosantes apenas contenidos por el sujetador blanco de encaje. El gruñido que escapó de su garganta fue la fiera expresión del deseo desesperado que sentía por ella. Fue a su encuentro sin esperar un segundo y subieron los escalones comiéndose las bocas mientras se desprendían de las prendas mojadas que impedían el contacto de sus cuerpos desnudos, de sus pieles ansiosas por tocarse.

Cuando llegaron hasta la cama de Bella, ella tan solo estaba cubierta por las finas prendas de su ropa interior. Y él por unos bóxer negros ajustados que apenas podían contener su fiera erección. Declan la observó un segundo, llenando sus retinas de la imagen perfecta, sexy, arrebatadoramente hermosa y tentadora de su cuerpo. Y supo que todos los pasos de su vida lo habían llevado hasta allí, con ella.

Sin poder esperar un minuto más, fue hasta ella de una zancada y tomándola por la nuca, enredando los dedos en su cabello mojado, la apretó contra él, devorándole la boca. Introdujo su lengua y la saboreó, deleitándose en las miles sensaciones que le provocaba aquella mujer. Posó una mano en su espalda y la depositó sobre la cama bajo él. La vio sonreír mientras subía arrastrándose sobre las sábanas hasta que su cabeza tocó la almohada, mientras él caminaba sobre ella como un león relamiéndose antes de atacar a su presa. Cuando Bella se detuvo le pasó el pulgar por el labio inferior mirándola fijamente.

—Sabes que no habrá vuelta atrás... —le dijo buscando en su mirada algún resquicio de duda.

—Lo sé —fue lo único que contestó ella. Y en sus ojos vio que estaba más que dispuesta para él.

—Bien, señorita De'Marsi —contestó satisfecho, y se incorporó para deslizar los tirantes del sujetador por sus brazos y de esta manera liberar los perfectos y exultantes globos de sus pechos. La erección se hizo casi insoportable de aguantar presa en sus bóxer. Descendió sobre ella y comenzó

a besar la piel sensible de su cuello, haciendo que gimiese inmediatamente al sentirlo en aquella zona de su cuerpo. Sus labios fueron descendiendo lentamente por su cuello, su hombro, y su clavícula, en un tortuoso paseo lento y agonizante por su piel hasta que se detuvo sobre uno de los discos dorados de su pecho que de manera imprevista lamió, deslizando su lengua lentamente sobre él, saboreándolo como si fuese un succulento helado. Bella sintió encogerse la cavidad de su sexo, caliente y palpitante. Y entonces Declan sopló sobre su pezón solo para disfrutar de ver cómo éste se encogía y endurecía para él. Satisfecho, lo introdujo en su boca y se deleitó lamiéndolo, succionándolo y escuchando los gemidos que escapaban de la boca de Bella cada vez que lo atrapaba entre los dientes. Bella reaccionaba de una forma tan ardiente y entregada a cada una de sus caricias que creyó volverse loco hasta perder el control sobre ella. Pero quería más, mucho más, y durante un buen rato se dedicó a su otro pecho mientras masajeaba en sus manos los globos pálidos, perfectos, llenos... Enterró en rostro entre ellos y después fue bajando por su piel con un nuevo camino de besos que recorrieron cada centímetro de piel aún mojada, suave y brillante. Llegó hasta su vientre y la sintió encoger los músculos anticipando la cercanía de sus besos hasta su zona más íntima. Declan sonrió justo antes de mordisquear sobre las braguitas los pliegues de su sexo. Bella no tardó en jadear nuevamente. Repitió su tortura acariciándolo unos segundos con sus labios, sobre la tela fina de la prenda. Ella elevaba las caderas contra su boca cada vez con más urgencia, y cuando creyó que ya no lo soportaría más, se incorporó y la liberó de la prenda, deslizándola por sus caderas y sus preciosas piernas, que tomó posando las manos bajo sus rodillas para colocárselas flexionadas y abiertas para él, y sin esperar un segundo, hundió el rostro entre sus muslos, como había imaginado hacer cientos de veces desde que la vio por primera vez. Ella sabía a pecado, a deseo, a tierna excitación, y se deleitó saboreando con lentitud cada uno de sus íntimos pliegues, recorriéndolos con la lengua y haciendo que con cada nueva caricia, ella se contorsionara sobre la cama, enardecida y exultante, hasta que la sintió perder el control en su boca, regalándole el sabor de su devastador orgasmo. Pero entonces, sin darle tiempo a recuperarse, cuando aún la última oleada de placer no había abandonado su cuerpo, liberó la erección de su entrepierna por fin de su prisión y, colocándose sobre ella, la embistió sintiendo la cavidad caliente y exquisitamente húmeda de Bella recibirlo, abrazando su sexo y haciéndolo

tocar el cielo con las manos. Estar dentro de ella era lo más intenso que había sentido en su vida, y la embistió con furia, queriendo marcar cada recóndito rincón de su sexo como suyo. Tan solo cuando sintió que ella se abandonaba de nuevo a otra oleada de placer que la hizo convulsionar bajo su cuerpo, se permitió abandonarse a su propio orgasmo, llenándola por completo con su semen caliente.

«Mi hermana tenía razón», fue lo primero que pensó Bella, minutos más tarde, cuando su cuerpo dejó de convulsionarse por el placer. Aquel hombre era capaz de hacer levitar a una bruja. Sonrió con él aun sobre ella, y se recreó en la fantástica sensación de sentir su peso sobre su cuerpo, el contacto completo e íntimo, el olor de su piel... Aspiró con profundidad y lo abrazó contra ella. Declan levantó el rostro, hasta ese momento enterrado en el hueco de su cuello y la miró con intensidad.

—Solo por si tenías alguna duda, aún no he terminado —le dijo con una embaucadora sonrisa.

—Yo tampoco... —le contestó ella devolviéndole el gesto.

—Bien...

—Bien... —repitió ella perdiéndose en su preciosa mirada gris. Pasó las manos por sus brazos y acarició con las yemas de los dedos el tatuaje que cubría su hombro y brazo. Las imágenes de su sueño volvieron hasta ella, reconociéndolas inmediatamente como aquel momento en concreto. Incluso la luz que inundaba la habitación en ese instante, era idéntica. Había dejado de llover y la piel de Declan resplandecía con la luz dorada que entraba por la ventana.

Inhaló, llenando sus pulmones de algo mucho mayor que el oxígeno que necesitaba para respirar, dejando entrar los miles de sentimientos intensos, sobrecogedores y por qué negarlo, aterradores que él le hacía sentir. Pero tenía una cosa clara, no iba a seguir huyendo. La vida no tenía sentido si por miedo se perdía cosas como las que acababa de experimentar con él, si no se permitía sentir aquella felicidad henchida que provocaba en su corazón. Y sin poderlo evitar, le brindó una sonrisa feliz, aceptando lo que su corazón se negaba a admitir hasta ese momento. Amaba a Declan. De una forma incomprensible, mágica, loca, desesperada y febril. Lo amaba. Tal vez hubiese sido “la llamada” y él realmente estuviese destinado para ella, o tal vez no, pero por primera vez en mucho años, estaba dispuesta a averiguarlo.

—Me encanta tu sonrisa —le dijo Declan mirándola fascinado mientras le

acariciaba la mejilla.

Su ternura le erizó la piel.

Declan bajó de nuevo hasta sus labios y bebió de ella como un sediento en el desierto. La acarició con su lengua y gruñó contra su boca.

—Espero que te hayas recuperado, porque estoy preparado ya para el segundo asalto —le dijo con voz ronca rozándole los labios.

Bella contuvo el aliento y sintió palpar su sexo exultante nuevamente de placer, en respuesta inmediata a su comentario. Lo hizo rodar sobre la cama y se colocó sobre él a horcajadas, entre risas.

Declan se quedó fascinado con su imagen de diosa; completamente desnuda, desinhibida. El cabello castaño le caía a un lado en una preciosa cascada, y su piel dorada resplandecía con la luz que iluminaba la habitación, dándole un aspecto mágico y etéreo. Tenía un cuerpo hermoso y al centrarse en sus pechos llenos y erguidos frente a él, orgullosos y provocadores, sintió la feroz erección de su entrepierna revelarse bajo el cuerpo de Bella, que al sentirla le regaló una traviesa sonrisa.

—Sí, es verdad, estás preparado... Y yo también —le dijo enardecida, y descendió hasta su cuerpo para comenzar a degustarlo lentamente. Quería disfrutar de cada centímetro de su piel, como había hecho él con ella.

Se inclinó hasta que sus pechos rozaron su abdomen y besó con deleite la piel de su torso grande y firme. Acarició con las yemas de los dedos cada una de las hendiduras de sus sexys abdominales. Era un hombre fuerte con una energía devastadora. Y la hacía sentir primitiva, exultante, capaz de cualquier cosa. Saboreó su piel centímetro a centímetro, apreciando su sabor ligeramente salado capaz de emborracharla y llegó hasta su poderosa erección, que se erguía ante ella, orgullosa y formidable. Una sonrisa se paseó por sus labios al imaginar cuántas cosas podía hacer con ella. Él la vio sonreír y se inclinó para ver qué hacía. En cuanto la introdujo en su boca, lamiéndola por completo en toda su extensión, lo oyó gemir y contener el aliento. Sabía a él y a ella. La mezcla de sus jugos era excitantemente deliciosa y lo saboreó con deleite enardecido. Y con cada nueva posesión de su boca, lo veía convulsionar de placer sobre la cama.

—No puedo más —le dijo él incorporándose de repente. La tomó de la cintura y la tumbó en la cama bajo él.

No esperó un segundo y abriéndole las piernas, la penetró sin miramientos mirándola a los ojos, perdiéndose en las motas verdes que

salpicaban sus ojos castaños. Fundiéndose con ella como no había deseado hacer antes con ninguna otra mujer. Tomó sus manos, entrelazó los dedos a los de ella sobre su cabeza, y la embistió con furia, aumentando la intensidad hasta que sintió sus cuerpos nuevamente romperse de placer, juntos. Con la última embestida, escondió el rostro en el cuello femenino e inhalando el delicioso aroma de su cabello, le dijo:

—A partir de ahora serás mía, para siempre.

El corazón de Bella se saltó un latido y lo besó en los labios para sellar sus palabras.

Eran cerca de las nueve de la mañana cuando el pitido de un teléfono móvil los sobresaltó en la cama. Se habían quedado dormidos después de una pletórica noche de sexo continuo. Belladona había perdido la cuenta de las veces en las que él la había llevado al límite. En un par de ocasiones se preguntó de dónde sacaba tanta energía, porque a ella la tenía exhausta. Pero cada vez que volvía a tocarla, su cuerpo se encendía otra vez, sin control. Incluso llegaron a cenar en la cama, usando sus cuerpos como platos. Jamás se había sentido tan plena y feliz.

Lo vio incorporarse, confuso, al escuchar el pitido.

—Es mi teléfono —le dijo—. ¿Dónde estarán mis pantalones? — preguntó levantándose de la cama y buscando por el suelo.

Mientras revolvía entre las sabanas tiradas por el parqué, ella se deleitó con la visión de su perfecto y musculoso cuerpo. Finalmente, Declan pareció encontrar el aparato y al ver la pantalla resopló con desgana.

—Lo siento, tengo que cogerlo. Es mi jefe —explicó.

Bella le sonrió y él tomó la llamada.

—Buenos días, señor Fenimore —fue el saludo de Declan a su interlocutor.

Ella lo miró sorprendida. Por alguna razón en las ocasiones que habían hablado, él no le había dicho para quién trabajaba. Lo vio acercarse hasta la ventana y mirar tras ella con la espalda en tensión.

—Siento molestarlo esta mañana, señor Wise —oyó Declan que le decía su jefe—, pero quería pedirle un favor.

—Sí, dígame —contestó.

—Como sabe, mi esposa organiza una gala benéfica este sábado por la noche. Y aunque esté interrumpiendo sus vacaciones, me gustaría que fuese esta mañana a la biblioteca y organizase el plan de seguridad para la gala.

Declan se giró y vio a Belladona sobre la cama, completamente desnuda, esperándolo. Tapó el auricular para resoplar, frustrado. Lo último que le apetecía era separarse de ella.

—Es un favor que le aseguro le compensaré —concluyó su jefe, viendo que él no se apresuraba en contestar. Estaba claro que después de su comportamiento en la reunión que mantuvieron en el despacho, lo más adecuado era cumplir con lo que le solicitaba y así tenerlo más predispuesto cuando le pidiese un cambio de destino en su trabajo.

—Por supuesto, señor Finemore. Allí estaré —le dijo con resignación.

—Se lo agradezco, señor Wise. Mi esposa estará en la biblioteca, así podrá darle los datos del acto.

—Perfecto.

Bella lo escuchó despedirse y frunció el ceño al saber que él se tenía que ir.

—Lo siento, preciosa, voy a tener que marcharme. El trabajo... —le explicó él volviendo a la cama, sentándose y dándole un pequeño beso en los labios.

—Eso he oído —le dijo con media sonrisa—. Bueno, yo tengo que abrir la tienda, ayer la cerré de repente... —añadió esta vez sonriendo abiertamente al recordar cómo fue en su busca.

Declan acarició su sonrisa y volvió a besarla.

—¿Qué tal si te llevo a trabajar y después te recojo para invitarte a comer? —le preguntó frente a los labios, buscando la manera de volver a verla lo antes posible.

Bella sonrió.

—Me parece perfecto... —contestó y abrazándose a él lo besó con pasión.

—Mm... —gimió frente a su boca—. No puedes hacerme esto ahora, o ninguno de los dos irá a trabajar —le dijo él y tomando una de sus manos, la posó sobre la creciente erección de su entrepierna.

Bella se sintió enardecer inmediatamente.

—¿Sabes? Tengo que darme una ducha... ¿Qué tal si nos la damos juntos? —le preguntó él con una de sus embaucadoras sonrisas.

—Creo que no haces más que tener buenas ideas esta mañana —contestó. Se levantó de la cama, y tomándolo de la mano lo guió hasta el baño, donde se dieron nuevamente un festín con sus cuerpos.

Cuarenta minutos más tarde, Bella abandonaba el baño para dejarlo

vestirse, con una sonrisa dibujada en los labios. Fue hasta su armario y estuvo un rato viendo su ropa hasta que finalmente se decidió por uno de sus vestidos floreados y un conjunto de ropa interior. En ese momento, un pitido en su teléfono móvil la sorprendió. Las únicas que la llamaban eran sus hermanas, y fue hasta su mochila en busca del aparato. Lo tomó del fondo y vio que tenía un mensaje de Mandrágora. Presionó el símbolo del sobre en la pantalla y leyó: “¿Aún sigue allí? ¿Es que no tenéis límite?” Bella puso los ojos en blanco y se ruborizó, pensando en cuánto habría sido capaz su hermana de ver. Cerró el mensaje y al devolver el teléfono al bolso, vio el muñeco vudú al fondo. Lo tomó en las manos y torció el gesto. Había dejado un nuevo hechizo para el muñeco preparado. «*Collapsus sum*». Pero no había llegado a ejecutarlo ni pensaba hacerlo. Jamás iba a volver a realizar ese tipo de hechizos. Con el fin de destruir aquel muñeco en cuanto llegase a la tienda, fue a meterlo de nuevo en el bolso, pero el sonido de un nuevo mensaje la sorprendió, asustándola, y el muñeco cayó torpemente de sus manos al suelo. En el momento en el que éste tocó la madera bajo sus pies, el sonido estrepitoso de un golpe en el baño llegó hasta ella.

Se quedó mirando un segundo el muñeco, que tomó después con manos temblorosas del suelo y metió en su bolso y fue corriendo al baño. Al abrir la puerta llamando a Declan, lo vio tirado en el suelo inconsciente, con un fuerte golpe en la cabeza. Se había golpeado con el filo del lavabo. Asustada, tomó su rostro entre las manos mientras lo llamaba a gritos, pero él no despertaba. Tomó su cabeza y se miró, con estupor las manos manchadas de sangre. Tenía el corazón desbocado y unas inmensas ganas de llorar cuando posó la mejilla en su pecho para comprobar si respiraba, y suspiró con un inmenso alivio al ver que así era.

—¡Por favor, cariño, despierta! —le dijo presa del pánico—. Declan, por favor... —suplicó llorando.

Él comenzó a quejarse y se llevó una mano a la cabeza dolorida. El baño le daba vueltas y las sienes parecían a punto de estallarle en mil pedazos.

—¡Oh, gracias a Dios, estás bien! —dijo ella con las mejillas empapadas.

—¿Qué... qué me ha pasado? —Preguntó él, confuso—. ¿Me he desmayado? —Volvió a preguntar intentando levantarse.

Bella lo ayudó a hacerlo y lo acompañó hasta la cama, donde se sentó.

—Creo que sí... —contestó, pero algo le decía que esa no había sido la razón.

—No sé lo que me pasa últimamente... Ya me estoy preocupando... La lengua, los vómitos, la caída del cabello... ¿Y ahora me desmayo?

Bella se quedó blanca como el papel. La sensación de pánico y desasosiego que se instaló en su pecho al oírlo caer se acrecentó haciéndose terriblemente dolorosa.

Había sido ella. Ella había hecho que estuviese a punto de matarse con aquel golpe. Ella le había provocado todas aquellas cosas, pero... Kara le dijo...

Las manos comenzaron a temblarle y la habitación comenzó a darle vueltas... ¿Qué estaba pasando? ¿Le había mentado él... o ella? Intentó tomar aire pero no podía respirar. Lo miró, aún dolorido, y el corazón se le encogió en el pecho. ¡Había estado a punto de matarlo! ¿Qué clase de persona era? Destrozada, pensando en que aquella caída podría haber sido fatal, se excusó sin poder mirarlo a los ojos y fue hasta la cocina para prepararle un ungüento para la herida y una bebida que lo ayudase a recuperarse.

Todo el tiempo que estuvo en la cocina su pulso tembló descontrolado. Se sentía perdida, confusa, asustada, y un millón de cosas más que era incapaz de describir, pero sobre todo se odiaba a sí misma por lo que había hecho. No sabía por qué la chica le había dicho aquellas cosas, pero le costaba creer que Declan fuera del tipo de hombres que abusaban físicamente de una mujer y le daban el trato vejatorio que ella aseguraba haber recibido. Y ella... lo había estado torturando toda aquella semana, sin compasión, sin miramientos, con una frialdad absoluta...

El sonido de la tetera caliente la despertó de sus pensamientos atolondrados y confusos y se apresuró a preparar el brebaje que lo ayudaría a recuperarse rápidamente. El ungüento ya estaba listo, y subió con premura para darle ambos remedios. Una hora más tarde, el color de Declan volvía a su rostro y se permitía hasta bromear mientras la rodeaba con su brazo.

—Me parece que has acabado conmigo esta noche. De ahora en adelante, tendremos que poner un límite a nuestras noches de pasión —le dijo con una sonrisa frente a sus labios.

Bella asintió sin devolverle el gesto. Se sentía tan mortificada y avergonzada que no era capaz de mirarlo a los ojos. Declan la observó y tomándola de la barbilla le levantó el rostro para que lo mirara.

—Siento haberte asustado. La sangre es muy escandalosa —le dijo buscando su mirada, pero ella la desvió inmediatamente—. Pero ya estoy

bien... No sé lo que me has dado, pero me siento fantásticamente bien, de veras.

Bella no cambió su gesto.

—Vamos, cariño, no quiero verte así. Vístete, que te llevo a la tienda y luego te invito a comer —le dijo él intentando animarla. Pero cuantos mayores eran sus esfuerzos porque así fuese, peor se sentía ella.

Finalmente, deseando que él dejase de intentar hacerla sentir mejor, le devolvió una sonrisa forzada.

—Estoy pensando... que tengo aún algunas cosas que hacer en casa. Mejor voy yo sola a la tienda más tarde y nos vemos a la hora de comer...

Declan guardó silencio unos segundos.

—Está bien —concedió finalmente. Tomó su rostro entre las manos y la besó con intensidad, con adoración, con ternura y haciéndole saber cuánto la extrañaría mientras estuviesen separados—. Te recojo a medio día —le dijo frente a los labios, y salió de la habitación. A los pocos segundos, Bella oía el sonido de la puerta principal cerrándose y se dejó caer sobre la cama en un llanto roto y desesperado.

Declan fue a cambiarse a casa de Kerry y después tomó su coche para ir a la biblioteca, donde se reuniría con la señora Finemore. Era una pena que su marido no fuese a estar también en aquel encuentro, pues tenía más claro que nunca que quería dejar de trabajar protegiendo a su hija, en Nueva York. Y para ello tenía que tener una conversación con él lo antes posible. Probablemente la idea no gustase nada a su jefe, pero así debían ser las cosas. Solo quería estar con Bella, si su jefe aceptaba dejarlo en Coopertown protegiéndolos a él y a su esposa, perfecto, si no era así, dimitiría. No tenía ningún problema en hacerlo.

La imagen del rostro de Bella llegó hasta su mente, inundándola con los recuerdos de aquella noche y tuvo claro que, en su vida, nada lo haría tan feliz como estar a su lado. Por eso, cuando bajó de su coche tras aparcarlo frente al bonito edificio de la biblioteca del pueblo, la sonrisa de sus labios parecía a punto de estallarle en el rostro. Era feliz.

Sin embargo, nada más entrar en el edificio y ver que la señora Finemore estaba acompañada de su hija, la sonrisa se le borró de los labios. No contaba con aquel inoportuno encuentro y su gesto mostró el desagrado que éste le produjo.

—¿No te alegras de verme? —le dijo la chica acercándose a él mientras se contoneaba como una gata en celo. Era tan descarada que lo hizo sentir violento inmediatamente.

—Señorita Fenimore, he venido a ver a su madre —le dijo mostrando toda la frialdad que ella le provocaba.

Kara torció el gesto, pero no se dio por vencida y aprovechando que su madre estaba ocupada explicando a los decoradores la disposición que quería para las mesas de *catering*, se acercó a él y acarició con los dedos la solapa de su traje oscuro, pegándose a su cuerpo insinuante.

—Estoy segura de que ya me echabas de menos —le dijo, y subió la mano con la intención de acariciarle el rostro.

Declan, al prever su maniobra, se apartó con brusquedad impidiendo que lo hiciera.

—Ya basta. No, no la he echado de menos en absoluto. En realidad estoy disfrutando bastante de mis vacaciones —le dijo, y dando la conversación por finalizada, pasó por su lado con la intención de dirigirse a la señora Fenimore para realizar su trabajo y marcharse cuanto antes con Bella.

Kara se sintió furiosa inmediatamente. ¿Quién se había creído él que era para despreciarla de esa manera? Y más, para rechazarla y preferir estar con aquella bruja.

—¿Con la bruja? ¿Te has estado divirtiendo con esa patética bruja? —le espetó ella enfurecida.

Declan giró sobre sus talones y la miró sin entender. Aquella chica estaba loca, definitivamente loca.

—¿De qué demonios estás hablando? —le preguntó entornando la mirada.

—Te vi el otro día en el puerto con ella. Con esa patética mujer. ¿Prefieres estar con ella que conmigo? ¿Con la bruja De’Marsi? —le escupió ella las palabras con desprecio.

Declan apretó los dientes furioso. Sabía que iba a perder su trabajo por ello, pero le daba igual. No soportaba más aquella situación. Él no tenía por qué aguantar las niñerías de esa insoportable niña malcriada. Y prefería dimitir a seguir soportándola, y sobre todo, a consentirle que hablase mal de Bella.

—Aquí la única bruja que veo eres tú —le dijo furioso.

Lejos de ofenderse, Kara comenzó a reír de manera exagerada. Declan soltó todo el aire de sus pulmones en un resoplido cansado y decidió que era el momento de marcharse de allí.

—¿No lo sabes, verdad? —le dijo Kara al ver que se alejaba. Y lo siguió hasta la calle—. ¡No tienes ni idea de con quién te estás acostando...!

Declan se detuvo sin girarse.

—¿No has notado nada extraño últimamente, Declan? ¿No te ha pasado nada fuera de lo normal?

Declan se giró sin entender cómo sabía ella que así era. Pero nada de lo que salía de la boca de aquella arpía tenía sentido.

—Ella es una bruja, una patética y asquerosa bruja. Todas las hermanas De’Marsi lo son. Y has estado siendo víctima de todos sus conjuros.

Declan la miró como si hubiese perdido la cabeza, pero ella continuó:

—¿Y sabes por qué lo sé? Porque yo la contraté para que lo hiciera —dijo

riendo de nuevo—. ¿Crees que iba a dejarte sin castigo después de haberme rechazado, a mí, a Kara Finemore? No podía consentirlo. Fui hasta la tienda de las brujas y contraté a tu patética brujita para que te hiciese pasar por todo tipo de castigos y hacerte pagar cada uno de tus desprecios —le escupió las palabras sin dejar de reír.

—¡Estás loca! ¡Completamente loca! —le dijo con una mueca de asco, y se marchó de allí sin querer creer una palabra.

Declan estuvo cerca de dos horas dando paseos por el pueblo. Fue hasta el lago y se detuvo allí a pensar. Estaba demasiado alterado para dirigirse directamente a la tienda. Respiró hondo e intentó analizar lo que Kara le había dicho, pero por más vueltas que le dio no le encontraba el sentido. ¿Bella, una bruja? ¿Una bruja de esas con escoba, pócimas y hechizos? ¿Qué clase de cuento era ese?

Se pasó las manos por la cabeza y recordó que ya no tenía pelo. Las cosas que le estaban pasando no eran normales. De la primer a la última. No encontraba sentido a todos aquellos extraños acontecimientos. Siempre había estado como un toro físicamente, pero había sido suficientemente escéptico toda su vida como para no creer en cuentos, ni de hadas ni de brujas.

Por otro lado, recordó las veces que había visto a Bella en la tienda, con sus clientes. Recordaba que había ido a asistir un parto y que le compraban hierbas y preparados... Lo del parto se le escapaba, no sabía cuál podría ser su función allí, pero lo de las hierbas y preparados, ¿no era lo que se esperaba de un herbolario como el suyo? Al menos era lo que él había imaginado siempre que era.

Pero sobre todo, lo que daba vueltas una y otra vez en su cabeza era la posibilidad de que ella le hubiese estado haciendo daño a propósito. No sabía por qué Kara habría vertido aquella cantidad de acusaciones sobre Bella, pero la verdad era que no la imaginaba haciendo daño a nadie. ¡No podían ser ciertas! Kara le había mentado y había intentado manipularle, con total seguridad, decidió. Volvió a su coche para ir hasta la tienda de Bella y hablar con ella, pero cuando llegó al establecimiento, le sorprendió que aún no estuviese allí. Un par de clientes miraban la puerta asombrados y él pasó frente al escaparate con el ceño fruncido. Sin pensarlo dos veces, decidió ir en su busca hasta la casa. Cuando aparcó el coche frente a su puerta, le tranquilizó ver que la bicicleta de Bella estaba estacionada en el lateral de la vivienda, como siempre que ella permanecía allí. Con paso resuelto, fue hasta la puerta y llamó con la necesidad de verla y comentarle lo que le había pasado.

Cuando ésta se abrió, Declan se quedó completamente sorprendido al ver que Bella tenía toda la cara enrojecida de haber llorado desconsoladamente.

—¿Qué te pasa? —le preguntó preocupado, y fue hacia ella para verle el rostro, pero Bella dio un par de pasos hacia atrás y se apartó de él, no dejando que la tocara.

—Declan, tengo que contarte una cosa... —le dijo Bella intentando que su voz sonase serena a pesar del torbellino de emociones que la embargaban.

Él se detuvo en seco al escucharla. Respiró con profundidad un par de veces sin saber si realmente quería oír lo que iba a decirle.

—Está bien —resopló—. ¿Qué está pasando? Porque te juro que no entiendo nada. Acabo de ver a Kara y me ha dicho unas cosas... Me ha dicho que eres una... Bueno un montón de estupideces. Pero llego aquí y no quieres que me acerque a ti...

—Declan, yo... ¡Oh, Dios mío! Lo siento tanto... Yo no sabía que eras tú...

Declan parpadeó un par de veces atónito. Miró al suelo, se pasó las manos por el cuello y volvió a mirarla a ella.

—¡No es verdad! —dijo esperando que ella negase las cosas que pasaban por su cabeza—. Dilo, ¡todo lo que me ha dicho es mentira! —le exigió él cogiéndola por los brazos con fuerza.

Bella no contestó, se limitó a romper a llorar de nuevo.

—No puede ser... ¿Tú me has hecho todo esto? —le preguntó soltándola como si de repente su piel quemase—. ¿Por qué?

—Ella vino con un ojo morado, dijo que le habías partido el corazón y maltratado...

—Jamás he tocado a Kara. He sido su guardaespaldas desde hace seis meses, los peores de mi vida. Hasta que me he despedido hoy por acusarte de las cosas más horribles...

—Yo no lo sabía... Ella me dijo que un hombre le había hecho todas aquellas cosas y yo...

—¿Y tú decidiste ser juez y verdugo? ¿Decidiste que merecía que me castigasen, haciéndome pasar por todo tipo de torturas? ¡Podía haberme matado esta mañana! —le gritó él y Bella cayó de rodillas en el suelo llorando.

—Lo siento —gimió—, lo siento tanto... Yo me dejé llevar por mi dolor, por... Te juró que no sabía que eras tú. No lo sabía... Me di cuenta esta

mañana, cuando te oí caer...

—¡Dios! ¿Te estás oyendo? ¿Sabes lo que estás diciendo, Bella? ¡No puedo creerlo! —volvió a gritar.

—Por favor...

—¡No!... No puedo... —dijo él levantando las manos, demasiado abrumado, furioso, y dolido como para poder asimilar nada más—. ¡No te conozco, no sé quién eres, ni... lo que eres. Y... ¡no quiero verte nunca más! —le dijo él yendo hacia la puerta.

—¡Declan! Yo...

Bella lo vio marcharse sin mirar atrás, cerrar la puerta y romper su corazón en mil pedazos.

—...te amo—confesó ya sola, tirada en el suelo.

El estallido de dolor en su corazón fue tan grande que arrancó un grito de su garganta. Cayó sobre la madera, sintiendo cómo cada fibra de su ser, cada célula de su cuerpo agonizaba de dolor. Él se había ido, se había ido y no quería volver a verla. No soportaba lo que era ella, lo que había hecho...

Tampoco ella se lo perdonaba y se dejó caer sobre la madera abandonándose a su dolor, esperando que este la consumiera y acabase con ella.

Un rato después, cuando alguien golpeó la puerta de casa, el sonido llegó hasta ella lejano y difuso. Pero no se movió, abrió los ojos ligeramente y los volvió a cerrar. No quería ver a nadie, solo abandonarse a aquel dolor que merecía con creces.

Kerry llamó a la puerta de Bella una y otra vez, pero no obtuvo respuesta. Había ido hasta allí después de ver a Declan salir de su casa hecho una furia, de que recogiese sus cosas y le pagase su estancia allí. Quería irse a toda prisa y supo que algo malo había pasado. Pero tras llamar durante un buen rato tanto a la puerta principal como a la puerta del jardín y que Bella no le abriese, comenzó a preocuparse de verdad. Después lo intentó en el móvil, pero tampoco obtuvo respuesta. Desesperada, corrió hasta su casa y llamó a Mandrágora.

—¡Madi! ¡A Bella le ha pasado algo! —le dijo en cuanto ésta le cogió el teléfono.

—Lo sé —le dijo ella en tono angustiado—. ¿Cómo está?

—No lo sé, no me abre la puerta. Llevo llamándola casi una hora, pero no

me abre.

—Tardaré un par de horas, pero voy para allá —le dijo la mayor de las hermanas justo antes de colgar.

Kerry permaneció sentada en los escalones de Bella hasta que llegó Madi, exactamente dos horas más tarde. La vio aparcar el coche frente a la puerta y se levantó de los escalones para ir a su encuentro.

—¡Odio viajar de día! ¡Habría llegado mucho antes en mi escoba! —le dijo ésta nada más salir del coche—. ¿Has conseguido hablar con ella? —le preguntó Madi caminando ya hacía la puerta.

—No, sigue sin abrir.

—Está bien, vamos —dijo llegando hasta la entrada.

Nada más llegar al primer escalón, la puerta se abrió dándole paso. Kerry entró tras ella, alucinada. Y a los pocos pasos, las dos quedaron paralizadas.

Tirada sobre el suelo, Bella permanecía en posición fetal, con los ojos cerrados y las mejillas empapadas de lágrimas. Ambas se arrodillaron junto a ella.

—¡Bell, cariño! ¡Abre los ojos, estoy aquí! —dijo Madi a su hermana, pero ella no se movió un milímetro. ¡Bell, por favor, vuelve! No puedes abandonarte... ¡No te dejes llevar por el dolor! —le dijo Madi en tono desesperado.

—¿Qué le pasa? —preguntó preocupada Kerry.

—Se está dejando llevar... —le dijo Madi asustada—. Bell es una bruja empática, su máximo poder y capacidad de destrucción vienen de los sentimientos, propios o ajenos, de lo que absorbe de la gente y la magia. Si se deja llevar, se consumirá por el dolor...

—¿Qué quieres decir con que se consumirá? —le preguntó Kerry sin querer asumir lo que había entendido.

Madi la miró a los ojos y simplemente asintió, corroborando que estaba en lo cierto.

—¡Oh, Dios mío! ¡No podemos dejar que eso pase! ¿Qué hacemos? —le preguntó desesperada.

—Necesito a mis hermanas... —dijo Madi.

—Voy a llamarlas —se ofreció Kerry levantándose del suelo.

—Acabo de hacerlo yo, pero mientras llegan, ayúdame a llevarla hasta su cuarto.

—Claro —se apresuró Kerry.

Entre ambas la llevaron hasta su cuarto y la depositaron sobre su cama, aún revuelta tras la apasionada noche de Bella con Declan. En cuanto la posaron sobre las sábanas y ésta aspiró el aroma del cuerpo masculino, gritó convulsionándose y llorando aún, con los ojos cerrados.

—¡Qué le pasa! —preguntó aterrada Kerry.

Madi se acercó a las sábanas y las olió.

—Huelen a él. Reacciona a su olor —le dijo.

—Pues vamos a quitarlas —resolvió intentando ayudar a su amiga.

—¡No! Vamos a dejarlas.

—¡Pero le está haciendo daño! —gritó Kerry viéndola llorar desconsoladamente.

—La hace reaccionar. Ahora la prefiero sintiéndolo a dejándose llevar por el dolor.

—No lo entiendo... —dijo Kerry confusa.

—Mientras se aferre al amor que siente por él, habrá una esperanza. Créeme, con esto ganaremos tiempo hasta que vengan mis hermanas —le dijo Madi posando una mano sobre una de las suyas.

Kerry miró a su amiga sufriendo y se le encogió el corazón. No sabía lo que había pasado entre Declan y Bella, pero ella no merecía sufrir de esa manera.

Las siguientes cuatro horas fueron eternas. Madi y ella se quedaron junto a ella a los pies de su cama y los minutos, viendo su agónica tortura, se hicieron eternos hasta que oyeron a las pequeñas De'Marsi entrar por la puerta y subir corriendo las escaleras llegando a la habitación de Bella. Ambas rodearon la cama tomando cada una de sus manos.

—¡Bella! —la llamó Poti—. Bella, estamos aquí, contigo. No vamos a dejar que te marches, ¿me oyes? ¡No puedes marcharte! —le dijo rompiendo a llorar.

—¡No! —gritó Madi y fue hasta su hermana soltándole la mano unida a la de Bella—, no puedes llorar con ella. Tienes que ser fuerte, Poti. Tenemos que serlo por ella. No puede alimentarse ahora también de nuestro dolor.

Potentila se limpió las lágrimas del rostro, asintiendo compungida y conteniendo su dolor.

—Necesito que estéis fuertes ahora. Que recordéis el amor que nos tenemos, los buenos momentos que hemos pasado juntas. Necesito hacérselo llegar.

Las gemelas la miraron y se limpiaron ambas los rastros de lágrimas de las mejillas. Respiraron con profundidad intentando mantener el control de sus sentimientos.

—Está bien, haced un círculo —ordenó Madi. Las hermanas obedecieron—. Con una mano tocamos a la de al lado y con la otra a ella. Aseguraos antes de tocarla de que le transmitís solo sentimientos positivos.

Poti y Duma asintieron suspirando y se colocaron sobre la cama tal y como Madi había ordenado.

—¿Puedo ayudar yo también? —preguntó Kerry—. Ya sé que no soy bruja...

—Pero la quieres, y eso es lo único que cuenta —le dijo Madi con una sonrisa.

Kerry se acercó a las hermanas y se unió al círculo, como un nuevo eslabón. Todas respiraron con profundidad y llenaron sus mentes y corazones con el amor que le profesaban, unidas en un fuerte cordón a su alrededor. Pero al cabo de un buen rato, a pesar de que las convulsiones habían menguado ligeramente, el estado de Bella no mejoraba.

—¿Qué ocurre? ¿Qué estamos haciendo mal? —preguntó Duma rompiendo el silencio.

—No hacemos nada mal. Pero ella está muy mal, más de lo que pensaba. No somos suficientes para ella... —dijo Madi intentando no demostrar la desesperación que sentía, calculando mentalmente cuánto tardarían las brujas del clan más cercano en llegar hasta allí ahora que se estaba poniendo la noche.

—¿Necesitamos más gente que la quiera, es lo que quieres decir? —preguntó Kerry.

Madi resopló.

—Sí, eso exactamente es lo que necesitamos.

—Bien, este pueblo está lleno de gente que la quiere. Voy a traerlos —resolvió Kerry y salió corriendo de la habitación.

Kerry fue corriendo hasta su casa y contó lo que pasaba a Francis, y mientras la chica llamaba por teléfono a todos los clientes que conocía de Bella, que había visto esos años acudir hasta la tienda en busca de su ayuda, Kerry cogió su coche y fue en busca de unos cuantos más.

En casa de las hermanas De'Marsi ellas seguían formando el círculo a su

alrededor.

—No te abandonaremos, Bella. Quédate con nosotras por favor, te necesitamos —le suplicó Poti a su hermana y sintió cómo los muros que había levantado a su alrededor para que su preocupación no llegase hasta Bella, la abandonaban.

—¡Suéltate, Poti! —le ordenó Madi y ella lo hizo de inmediato.

—Lo siento, ¡no sé lo que me pasa! —sollozó.

—No pasa nada, respira, cálmate y vuelves —le dijo Madi.

Poti abandonó la cama y respiró unas cuantas veces, cuando el teléfono de Bella comenzó a sonar con pitidos constantes de mensajes recibidos. Poti fue hasta su bolso y sacó el aparato, pero al cogerlo vio también el muñeco vudú y lo tomó preguntándose qué haría su hermana con él. Pero al cogerlo en sus manos, las imágenes llegaron hasta ella como flashes cegadores, llenando su mente de sentimientos, sensaciones, escenas que le relataban su historia. Al cabo de unos minutos volvió en sí, traspuesta y atónita.

—¡Dios mío! Bella no sabía que era él. No sabía que era él... Y lo hechizó...

—¿Qué quieres decir, qué pasa? —preguntó Duma.

—Bella ha estado haciendo magia sobre el hombre del que está enamorada. No sabía que era él, y lo ha estado castigando. Él ahora lo sabe y le ha dicho que no quiere volver a verla...

—Por eso es más fuerte de lo que pensaba, no solo le han roto el corazón, ella cree no merecer recuperarse, se aferra al dolor porque se siente culpable —dijo Madi en un susurro mirándola mortificada—. Espero que Kerry encuentre mucha gente dispuesta a venir o...

—¡No lo digas! —gritó Poti—. ¡No la vamos a dejar ir! —dijo con firmeza y volvió al círculo con sus hermanas.

Declan hacía varias horas que había llegado al *Ostengo Lake Hotel*, un pequeño hotel en el puerto que había visto el día que fue con Bella a su cita en barco. Se había marchado del *Sweet Dream* al darse cuenta de que no podía estar cerca de Bella en ese momento. Los sentimientos que lo atormentaban eran demasiado intensos para poder asimilarlos. No podía creer lo que había pasado entre los dos, que lo que le había dicho Kara fuese cierto. Bella era una bruja... Parecía un cuento... Una pesadilla. ¡No podía ser!, se dijo una vez más, como si repitiéndolo mil veces, aquella negación se materializase como cierta. Lo había estado torturando... Tampoco entendía aquello. No cuadraba con la imagen que tenía de ella. Siempre creyó que ayudaba a la gente, pero a él le había hecho daño. ¿Y si todo lo que había vivido con ella había sido un espejismo producto también de algún tipo de hechizo?

Se sentó a los pies de su nueva cama y apoyó los codos sobre sus rodillas, sujetándose la cabeza. No, no podía creerlo. Ella había sido muy real. Pero también le había mentado. No le había dicho lo que era. Y si lo hubiese hecho, ¿la habría creído? ¡Era una locura! Como pensar que había estado maquinando todo tipo de torturas para él. ¿Eso era lo que hacía? ¿Torturar a los hombres que consideraba que merecían un castigo? Sí, Kara la había engañado, pero ella no había tenido reparo en cumplir con el trabajo que le había encargado.

Estaba a punto de volverse loco. Los pensamientos vagaban por su mente atormentándolo, y cuantas más vueltas daba a lo sucedido más perdido se sentía, haciendo que cada vez le resultase más difícil ver una salida a todo aquello. Una parte de él, de hecho, le gritaba que fuese a la mañana siguiente a reunirse con el señor Finemore, le entregase su dimisión y se marchase de allí, olvidando todo lo vivido en aquel pueblo. Pero otra parte...

Un ruido proveniente de la calle interrumpió sus pensamientos. Se escuchaba a gente alterada y salió de su cuarto para ver desde la galería del bajo edificio de habitaciones qué era lo que pasaba. Vio a varias personas congregadas en el aparcamiento, hablando entre ellas y algunas más salían de

los edificios y habitaciones y se sumaban a las de abajo.

—¿Qué está pasando? —le preguntó a una chica que trabajaba en el hotel y caminaba por el pasillo para unirse al gentío.

—Bella nos necesita —le dijo con angustia.

El corazón de Declan se detuvo en seco al escuchar su nombre. Tardó un segundo en reaccionar y la chica hizo ademán de marcharse. Pero él la detuvo cogiéndola por el brazo, llevado por una fuerza que supo de dónde salía.

—¿Qué le pasa? ¿Qué quieres decir con que os necesita?

—Se muere... No sé lo que le pasa. Pero Kerry nos ha llamado para decirnos que necesita nuestra ayuda o... Ella salvó a mi pequeña cuando ningún médico podía hacerlo...—le dijo la mujer con lágrimas en los ojos—. Lo siento, tengo que ir con ella —le dijo soltándose de su agarre y corriendo a reunirse con los demás.

Declan se quedó allí petrificado, sin poder dar crédito a lo que estaba pasando, a lo que le había dicho. ¿Bella estaba en peligro? ¿Y toda aquella gente iba a ayudarla? Si ella era una... El corazón comenzó a latirle estrepitosamente en el pecho, como si fuese a hacérselo reventar en mil pedazos. Le faltaba el aire, no conseguía respirar. Se agarró a la barandilla e intentó recuperar el control de sus sentidos. Tomó aire un par de veces y un pensamiento se abrió paso en su mente por encima de cualquier otro: Bella estaba en peligro, iba a morir.

Llevado por una fuerza superior, corrió por el pasillo y bajó hasta la calle. Fue a coger su coche, pero había tanta gente en la calle que era imposible transitar con el vehículo por ella. Entonces decidió que recorrería el espacio que lo separaba de ella corriendo.

Durante todo el camino, los casi dos kilómetros de distancia, vio gente dirigirse hasta la casa de Bella. Enormes grupos de gente iban hasta allí. ¿Para ayudarla?, se preguntó. Todos hablaban de ella, y sus caras denotaban preocupación. Cuando llegó hasta su casa, la gran cantidad de personas congregada en la parcela y el interior, hacían imposible llegar hasta la puerta. Comenzó a gritar su nombre, desesperado por llegar hasta ella.

—¡Bella! ¡Bella! ¡Dejadme pasar, tengo que verla! —les dijo abriéndose paso entre todos, misión que le costó horrores cumplir, pues estaban todos unidos dándose la mano, en absoluto silencio.

Solo su voz se oyó rompiendo el silencio.

Haciendo un último esfuerzo en una misión casi imposible, Declan llegó

hasta la escalera en el interior. No habría podido decir cuántas personas estaban allí reunidas, cogidas de las manos: mujeres, hombres, niños, ancianos... Todos en silencio, mirando hacia arriba como esperando una señal. Sorteando a la gente, Declan llegó hasta la planta superior. La habitación de Bella también estaba llena de gente, desde la puerta no podía verla. Volvió a gritar su nombre mientras se abría paso entre la multitud. Cuando llegó hasta la cama la vio tumbada sobre ella y un gran círculo formado a su alrededor por sus hermanas y otras personas unidas entre ellas. Éstas eran tocadas por las personas más cercanas y a estas personas las siguientes. Estaban todos unidos por ella. Mandrágora tenía una mano sobre ella, sobre su corazón y con los ojos cerrados se concentraba en algún tipo de plegaria. El rostro de Bella contraído de dolor se relajó al tiempo que una luz azulada iluminaba la palma de la mano de Madi y dejaba derramarse dicha luz por el cuerpo de Bella. La luz la cubrió, haciendo resplandecer su piel de forma mágica. Declan observó su rostro hermoso y casi etéreo, envuelto en aquella luz, y supo que jamás podría separarse de ella.

La amaba. La amaba más que a su vida, más que nada en ese mundo, mágico o humano, real o irreal. Sin ella nada tenía sentido, absolutamente nada. Fuese lo que fuese, para él Bella solo era una cosa, la mujer que le había robado el corazón y cada uno de sus latidos estaba destinado a seguir amándola, hasta el fin de sus días. Se acercó pasando entre la gente y se colocó a su lado, acarició su mejilla con las yemas de los dedos, de manera sutil. La sintió cálida bajo su contacto y su corazón comenzó a latir unido al suyo. El pecho de Bella se hinchó tomando una bocanada de aliento que él robó de sus labios, besándola con infinita ternura. La sintió temblar bajo su contacto y entonces abrió los párpados para él, haciendo que se perdiese en las preciosas motas verdes de sus ojos castaños. Declan le sonrió con el corazón henchido de felicidad viéndola despierta.

—Te amo —le dijo él frente a sus labios.

Las palabras llegaron hasta el corazón de Bella como una cálida caricia.

—Yo también te amo —contestó ella—. Y... lo siento...

Declan posó un dedo sobre sus labios deteniendo sus palabras.

—No sientas hacerme el hombre más feliz del mundo, Bella. Solo prométeme que lo harás toda la vida.

Bella asintió y él selló sus labios con un beso que le demostraba el infinito y mágico amor que sentía por ella. Y allí, frente a todo el pueblo de

Coopertown como testigo, unieron sus destinos para siempre.

Epílogo

Bella estaba en la cocina poniendo el último ingrediente en el remedio mensual de la señora Hickey, cuando Declan entró, le regaló una de sus traviesas sonrisas y la abrazó por detrás, rodeándola con fuerza, la besó en el cuello y sintió como cada célula de su cuerpo despertaba enardecida ante su contacto. Declan metió el dedo en uno de los botes de cristal que tenía sobre la mesa, donde vertía sus preparados, y se lo llevó a la boca.

—¡Mmm... Esto está bueno! —se relamió—. ¿Y para qué dices que es?

—¡No hagas eso! ¡No puedes probar! Ahora se te va a llenar el cuerpo de verrugas de sapo —le dijo intentando contener la risa.

—¡Mierda! ¿Y tiene antídoto? —dijo él sin soltarla, siguiéndole la broma.

—Lo tuyo sí que no tiene remedio. Tienes suerte de que no sea algo para el estreñimiento o la falta de sueño... —dijo ella riendo mientras él volvía a besarle el cuello.

Bella gimió.

—¿Y entonces, qué hacías? —preguntó sin detenerse.

—El preparado de la señora Hickey. Lo utiliza para levantar la libido de su marido...

—Sí, es cierto... Ya lo noto —le dijo Declan dándole la vuelta, levantándola en vilo y sentándola sobre la encimera de madera de la cocina. Después se colocó entre sus piernas y tomándola por las caderas la pegó a su erección con fuerza—. Lo siento, señorita De'Marsi, pero voy a tener que hacerle el amor salvajemente. Espero que lo entienda, son cosas de brujas.

Bella rio con ganas frente a su boca.

—Cariño, tú has metido el dedo en la mermelada —le dijo sin parar de reír, pero entonces él tomó sus pechos y comenzó a masajearlos sobre la tela de su vestido y gimió, enardecida.

—Pues entonces debo ser yo... —dijo él mientras bajaba por su cuello con los labios—. También lo siento, pero no puedo estar mucho tiempo sin estar dentro de ti.

Bella apartó los botes de cristal de detrás de ella y se tumbó sobre la madera ofreciéndose a él. Lo miró encendida y le dijo:

—Toda tuya.

Declan sonrió, sabiéndose el hombre más afortunado del mundo y fue a por ella sin esperar un minuto más porque en ese momento y para siempre así sería...

Toda suya.

Fin

Hechizo de amor

Una pizca de Ilusión que prenda la llama.
¾ de Valor para atreverse a saltar al vacío.
1/2 taza de Compromiso con tus propios sentimientos.
Tres gotas de Ingenuidad para saber apreciar las cosas inesperadas.
1 kg. de Pasión a derrochar sin límites.
Un vaso de Ternura que endulce cada día.
Una cucharada de Comprensión para poder escuchar.
250 gr. de Tenacidad que impida que te rindas, jamás.
Toda la Locura que puedas soportar.
Y creer en su magia y que con él, absolutamente todo es posible.

Te animo a compartir tu opinión en la ficha del libro en tu plataforma de compra y en las redes sociales.

Puede ser útil para otros lectores y yo te lo agradezco desde el corazón.

Para más información sobre éste y otros libros de la autora:

www.lorrainecoco.com

www.romanticascoco.com

Grupo de Facebook Las encadenadas de

Lorraine Cocó:

<https://www.facebook.com/groups/219104291622789/>

Búscanos en:



Otros títulos Romántica's Cócó

LA PORTADORA

Allison es una exitosa escritora de literatura romántica paranormal. Su vida parece el cumplimiento del sueño americano, hasta que su marido James, muere en un accidente de avión. A raíz de su muerte, descubre que el mundo que la rodea y el mundo que habita en su imaginación, no son tan distintos. Cuando se entera de que está embarazada de su difunto marido, y que su bebé es codiciado y perseguido, adaptarse a ese peligroso mundo, con el que tendrá mucho más que ver de lo que imagina, se convertirá en la única tabla de salvación para ella y su bebé. ¿Pero en quién confiar cuando todo el mundo ansía lo que lleva dentro?

Para más información:

www.romanticascoco.com